MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



# HILOS DE ARAÑA

COMEDIA

EN TRES ACTOS

PRIMERA EDICIÓN



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
1929

MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# Hilos de araña

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el día 1 de febrero de 1929.

DIBUJOS DE ALMADA

PRIMERA EDICION

---

**NUMERO EXTRAORDINARIO**

---

LA FARSA
AÑO III | 2 DE MARZO DE 1929 | NUM. 76
MADRID



## *DEDICATORIA*

*A Don Rogelio Estévez Cambra, con el buen afecto de su buen amigo.*

*MANUEL LINARES RIVAS*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| *María Octavia Villasantar, marquesa de los Carballos* | Carmen Díaz. |
| *Doña Jacobita* | Leocadia Alba. |
| *La duquesa de Clarinda* | Micaela Castejón. |
| *Totora* | Montserrat Blanch. |
| *Marucha* | Eulalia Blanch. |
| *Pececita* | Carmen León. |
| *La condesa de Sena* | Pilar Martín Gómez. |
| *Filomena* | Margarita Larrea. |
| *Una doncella* | Teresa Gisbert. |
| *Otra doncella* | Carmen González. |
| *El señor de las Roblas* | Ricardo Simó Raso. |
| *El duque de Clarinda* | Manuel M. Galeano. |
| *El conde de Mor* | Rafael Bardem. |
| *Chicho Praderas* | Gaspar Campos. |
| *Gualberto Espinosa* | Antonio Vico. |
| *Un señor* | José Baviera. |
| *Un criado* | Luis Camarero. |
| *Otro criado* | Manuel Díaz. |

***Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.***

***La acción en Madrid.***



# ACTO PRIMERO

Un salón en el palacio señorial de los Duques de Clarinda. Pocos muebles, pero antiguos y buenos. Es en diciembre, por la tarde, con luces ya.

## ESCENA PRIMERA

Un Criado, de frac, terminando de arreglar las mesitas de juego. Una Doncella, que trae las cajas de fichas, barajas, cartones y lápices. La Duquesa, de pie, y Totora, sentada a otra mesa de juego.

Duquesa.—A Patricio que vaya con el "auto" a buscar a la señora condesa de Sena.

Criado.—Muy bien. *(Mutis.)*

Totora.—Mamá..., para el tresillo. Condesa de Amarilis.

Duquesa.—Sí.

Totora.—Condesa de Sena. Chicho Praderas. ¿Y papá?

Duquesa.—Sí.

TOTORA.—Duque de Clarinda. *(Escribe los nombres y coge otro cartón.)* Papá va a rabiar.

DUQUESA.—Es lo suyo. No importa.

TOTORA.—Bueno.

DUQUESA. *(A la* DONCELLA, *que entra.)*—¿Habéis lavado las fichas?

DONCELLA.—Sí, señora.

DUQUESA.—¿Con un poco de bicarbonato?

DONCELLA.—Sí, señora. Quedan muy bien. *(Entre la Duquesa y la doncella ponen los tapetes.)*

TOTORA.—Para el "poker" los mismos de siempre.

DUQUESA.—Los mismos.

TOTORA.—Y para el mus.

DUQUESA.—También, pero en la otra sala, porque ésos alborotan. Y no hay necesidad de que pongas los nombres, que ya se armarán los chicos sus partidas.

TOTORA.—Seguro.

DUQUESA.—Diles a las señoritas que a ver si bajan de una vez.

DONCELLA.—Sí, señora. *(Mutis la doncella.)*

TOTORA.—Para la mesa de "bridge". ¿Marquesa de las Delicias de Panteque?

DUQUESA.—Sí.

TOTORA.—Delicias.

DUQUESA.—Señora de Gravén.

TOTORA.—Señora de Gravén. ¿Barón de Villamila?

DUQUESA.—No. Están peleados.

TOTORA.—Para que hagan las paces.

DUQUESA.—Bueno, que las hagan. Aunque no me parece muy correcto que favorezcamos unas amistades de esa clase...

TOTORA.—¿A ti qué te importa?

DUQUESA.—Nada.

Totora.—Pues si no te importa a ti, no me importa mí y no le importa al marido, ¡que jueguen juntos lo ue quieran!

Duquesa.—Bien... Apúntalo.

Totora.—Villamila. ¿Y Andradas?

Duquesa.—Andradas, sí. ¡Pero esas niñas por qué ɔ estarán aquí ya para ayudarnos!

Totora.—Han subido a ponerse más preciosas to- avía.

Duquesa.—Perfectamente; ¡pero que se pongan iás preciosas media hora antes!

Totora.—¿Y qué le vas a hacer si no se les ocurre ısta media hora después?

Duquesa.—Es una desconsideración. ¡Parece menti- ı! Once hijos y que no me valgan de nada en la casa.

Totora.—Sí que es una lástima bien grande, mamá, ɔrque si los once valiéramos para algo cada uno, te ɔdías ahorrar casi todo el servicio.

Duquesa.—No he pensado jamás en esa economía, i hace falta ninguna; pero sería amable de su parte ue atendieran algo a las cosas.

Totora.—Descansamos todas en María Octavia, que ; tu brazo derecho.

Duquesa.—Y tanto que lo es. Cierto que la hicimos ran favor recogiéndola como a una hija, pero es más erto aún que somos nosotros, tu padre y yo, los que ımos gracias al cielo por habérnosla traído.

Totora.—Y nosotras, contentísimas con la prima ctavia.

Duquesa.—¡Qué catástrofe la de mis cuñados los ıarqueses de los Carballos! En un día, de la opulen- a a la miseria. Así no tuvieron los pobres ni fuerza sica para resistir el golpe. El, en veinticuatro horas...

Totora.—¿Suicidado?

Duquesa.—Nadie lo dice, pero todos lo piensan. Ella, de consunción y de pena, no tardó en seguirle... ¡Tanto y tan desesperado no he visto llorar como el de esta chiquilla!

Totora.—¿Octavia?

Duquesa.—¿Te cuesta creerlo porque ahora ríe siempre? Debió llorarlo todo de una vez..., porque una mañana se me presentó risueña diciéndome: "Se acabaron mis lágrimas, tiíta. No está bien que corresponda a vuestro cariño con una cara lúgubre y que os entristezca siempre. ¡Desde hoy se acabaron mis lágrimas, tía Presentación!"

Totora.—¡Ya es decir!

Duquesa.—En ella, no. Como tiene esa voluntad de hierro, lo dijo y lo cumplió.

Totora.—Sabíamos su desgracia, claro, pero no con esos pormenores, porque Octavia no habla de ello jamás. Una sonrisa siempre y para todo..., y todos creen que su vida es eso: una sonrisa.

Duquesa.—La verdad es que procura hacerse agradable.

Totora.—Y, además, de un listo y de un mañoso que da gusto. Las cuentas te las lleva admirablemente.

Duquesa.—A la perfección.

Totora.—Los primos no compran regalo que ella no elija... ¡¡Y a nosotras nos ha hecho nuevos más vestidos viejos!!

Duquesa.—Muy habilidosa, mucho. Si tuviera que ganarse el pan, no le faltarían despachaderas.

Totora.—¡Qué le habían de faltar!

## ESCENA II

DICHAS. Por derecha, OCTAVIA.

DUQUESA.—De ti hablamos.

OCTAVIA.—Pues agradecida, que con vosotros siempre es lo mismo para mí: o una bondad o una alabanza.

TOTORA.—No te criticábamos mucho.

OCTAVIA.—Ya lo sé: tengo suerte de ahorcado. He caído una vez desde las tejas, es verdad, pero caí de pie como los gatos.

DUQUESA.—Te mereces todo lo bueno.

OCTAVIA.—Mejor para mí. ¡Y al trabajo, que tanto enaltece al hombre, aunque lo haga una mujer! *(Arregla los lotes de fichas.)*

TOTORA.—Tu mesa de tresillo, mamá.

DUQUESA.—El señor de las Roblas.

OCTAVIA.—Gran punto. Juega mal, pero pierde bien y no se incomoda nunca por las chancletadas de los otros. Es el mirlo blanco de los tresillistas.

DUQUESA.—Muy buena persona. Y si no desbarrara tanto en lo que dice, sería encantador.

TOTORA. *(Escribiendo.)*—Roblas.

DUQUESA.—Duquesa de Vandellós.

OCTAVIA.—Esa es también un buen punto, pero en otro sentido. Ojos de lince... y mira primero las cartas de los demás. En lo que, después de todo, lleva muchísima razón, porque las suyas le queda siempre tiempo de sobra para verlas.

DUQUESA.—Para lo que se atraviesa, lo mismo da ganar que perder.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¡Si es mi indignación precisamente! Que haga trampas por unos céntimos.

DUQUESA.—No es trampa eso: es... vivacidad.

OCTAVIA.—Pues anótala asi, Totora: duquesa de la Vivacidad.

TOTORA.—Aquí no pongo sino Vandellós.

DUQUESA.—¡Claro! Y Guillermo.

TOTORA.—Conde de Mor. ¿De éste no dices nada, Octavia?

OCTAVIA.—Decidlo vosotras. Si habláis bien, mejor, y si rajáis un poco, como desde aquí se oye tan mal, ni me entero.

DUQUESA.—No hay motivo sino para ensalzarle. Un militar pundonoroso y un caballero correctísimo.

TOTORA.—Y muy simpático.

OCTAVIA.—Mucho, ¿verdad?

TOTORA.—El número uno de las simpatías.

DUQUESA.—Pero no tiene más que su carrera, y el sueldo de un capitán, para la vida de sociedad en que está muy metido, es tan poco...

OCTAVIA.—Además trabaja en otros asuntos.

DUQUESA.—Por ese lado no confío en él.

TOTORA.—Ni nadie.

DUQUESA.—Es muy inteligente, pero no tiene fuerza de voluntad para doblegarse a una labor, y sus planes se resienten de eso: una idea admirable, clara, y después los detalles confusos y embrollados por el afán de acabar en seguida.

TOTORA.—Caballo de carreras: una galopada magnífica, pero a condición de que sea corta.

DUQUESA.—Y así le pasa, que se entusiasman cuando explica sus proyectos, y se los rechazan cuando los presenta ya con números.

TOTORA.—Ayer mismo... o anteayer le devolvieron unos.

DUQUESA.—Pues la inmediata ya la sabes: ahora a

desanimarse, ¡y un año sin volver a trabajar! No pretendo influir en vuestra inclinación, pero si persiste en no formalizar los amores hasta que resuelva el modo fácil de vivir, me parece que no lo vemos tan pronto, Octavia. *(Llamándola la atención.)* ¡Octavia!

OCTAVIA. *(Que se quedó pensativa, aunque con sus gestos demostrara que seguía atenta la conversación, ahora mira y sonríe.)*—Perdona, tía: no te oí nada.

DUQUESA.—¿No?

OCTAVIA.—Ya te previne que desde aquí...

TOTORA.—Ni desde allá. Esta no escucha contra su Guillermo.

DUQUESA.—¡Bueno! Coloca los tarjetones, Totora.

## ESCENA III

DICHAS. Por izquierda. el DUQUE DE CLARINDA.

DUQUE.—¿Supongo que no me habréis puesto con la Amarilis?

TOTORA.—Con la Amarilis, papá.

DUQUESA.—Es una señora correctísima.

DUQUE.—Correctísima. Pero tiene un tic nervioso y constante, que a mí me desconcierta, pues como yo, por mi deficiencia de oído, he de guiarme por los gestos más que por las palabras mismas, no acabo nunca de averiguar lo que me responde esa estimable señora. ¿Juego? *(Imita el tic.)* ¿Que juega usted más? *(Imita.)* ¿Que sí? *(Imita.)* ¿Que no? *(Imita.)* ¿Que sí?... Hasta que alguien, caritativamente, se decide a explicármelo: ¡que juega usted bien, hombre! ¡Gracias! Y esto, repetido toda la tarde, a mitad de partida ya estoy yo también haciendo guiños.

DUQUESA.—El señor de la casa debe dar ejemplo de tolerancia.

DUQUE.—También tú eres la señora y te sacudes las moscas lindamente, que en tu partidita no sientas más que a los preferidos.

DUQUESA.—No seas intransigente, Eugenio.

DUQUE.—Bien. Me sacrificaré una vez más.

TOTORA.—En cambio les ganas siempre.

DUQUE.—¡Y es muy justo, hija! ¡Todas las desdichas no se iban a acumular sobre mí!

TOTORA. *(Riendo.)*—Claro que no.

OCTAVIA.—Bastante es ya, con el agobio de que ahora no haya más remedio que jugar en todas las casas y todos los días, que se acabó la tertulia y la conversación. Entran, saludan a veces, meriendan siempre, ¡y hale!, escapados al "bridge", al "poker" o al "mahjong", que es a lo que juegan los que no saben jugar a nada.

DUQUESA.—Pues yo lo encuentro muy distraído.

OCTAVIA.—Distraído... y moral. ¡Como que el juego fué la salvación de muchas almas pecadoras! Todos los que antes se dedicaban a murmurar, ahora, por falta de público, están callados, y se irán para la Gloria derechitos.

TOTORA.—Han hecho un buen negocio.

OCTAVIA.—¡Ya lo creo!

DUQUE.—Todo tiene sus ventajas.

OCTAVIA.—Todo... menos que los lápices no vengan afilados.

DUQUESA.—¡No ocupándome yo, nunca van las cosas a derechas! Hazme el favor, Octavia.

OCTAVIA.—Voy. *(Mira en las otras mesas, y mutis por derecha.)*

DUQUE.—Perfectamente. Pero no creerás de buena fe que mandando a la sobrina eres tú quien trabajas, ¿eh, Presentación?

DUQUESA.—Si fuera a confiar en ti, ¡estábamos lucidos!

DUQUE.—De haberlo observado primero, igual lo habría dispuesto yo, que no tiene importancia ninguna ese detalle. ¡Pero admitir que sea la misión mía, la misión del duque de Clarinda, el ir afilando los lápices de la casa, no, por eso no paso!

DUQUESA.—Bueno, pero sobre todo no te acalores, Eugenio, que tú aun estás recién comido.

DUQUE.—Como si estuviera recién bebido. Yo, las verdades las digo cuando vienen a cuento, ¡y caiga el que caiga!

DUQUESA.—Haces muy bien; pero aquí ahora no tiene por qué caer nadie, que esto no vale la pena.

DUQUE.—Pues que no caiga. Pero yo, con mi razón, firme siempre.

## ESCENA IV

DICHOS. Por izquierda, PACECITA y MARUCHA.

DUQUESA.—¿Y las otras?

PACECITA.—¡Yo qué sé! Vistiéndose, supongo.

MARUCHA. *(Cogiéndola.)*—Ven, Totora, y échale las cartas a ésta, que hoy fué a la bruja y le han salido unas cosas estupendas.

PACECITA.—¡Estupendísimas!

MARUCHA.—A ver si coincide con lo que saques tú.

TOTORA.—Bueno.

DUQUE.—Os tengo prohibido que vayáis a esas simplezas y a esas engañifas.

MARUCHA.—¿Engañifas? Tú dirás lo que quieras ¡pero con las cartas salen unas verdades que meter miedo!

PACECITA.—¡Miedísimo, papá!

DUQUE.—¡No seáis tontas! Y tú no debías consentirlo, Presentación.

DUQUESA.—Ya les aconsejo que no vayan y que no crean en esas tonterías; ¡pero lo cierto es que te dejan asombrada con lo que dicen!

DUQUE.—¿Cómo? ¿También tú vas?

DUQUESA.—Yo, muy pocas veces.

DUQUE.—¡¡Bien!!

MARUCHA.—Anda, Totorita, anda. *(Van las tres a una mesa.)*

DUQUE.—Parece mentira que tengáis dos dedos de frente y os dejéis embaucar de esa manera tan simple.

DUQUESA.—¿Quieres que te diga nombres de señoras, que tú conoces mucho, que frecuentan las casas de las echadoras, que hacen un viaje a París y antes que al modisto van a consultar con la bruja francesa?

DUQUE.—Majadería internacional.

DUQUESA.—No creas que sólo van las tontas...

TOTORA.—Corta. Con la izquierda. Tres montones.

## ESCENA V

DICHOS. EL SEÑOR DE LAS ROBLAS, por foro.

ROBLAS.—Buenas noches.

TOTORA.—Hola, señor de las Roblas.

ROBLAS.—Hola, pimpollitos. *(Besándola la mano.)* Duquesa... *(Saludando al Duque.)* ¿Y el resto de la chiquillería?

DUQUE.—No te contesto detalladamente, porque son tantos que emplearíamos muchísimo tiempo. Pero haremos una mención de conjunto para satisfacer tu amable curiosidad: las chicas, en casa y buenas, gracias a Dios, y los chicos, buenos y fuera de casa, gracias a Dios también.

ROBLAS.—¿Dan mucha guerra?

DUQUESA.—No, señor. Claro que no son perfectos, como no lo es nadie; pero total, nada. Algún defectillo insignificante.

DUQUE.—Eso es; un defectillo. ¡Pero uno cada uno! Ahora suma..., ¡y dime con franqueza si once defectillos por día no equivalen bien a disgustazo diario, amigo Roblas!

ROBLAS. *(Riendo.)*—Puede ser.

TOTORA.—¿Y satisfacción no damos ninguna, papá?

DUQUE.—También, también.

MARUCHA.—Pues súmalas igual.

DUQUE.—Igual. ¡Pero qué problema para nosotros! Si no se me casan... ¡calcula!, y si se me casan... ¡calcula también! Once de aquí y once que vienen..., ¡veintidós hijos de un golpe! Y si salen a la raza, ¡veintidós mil nietos! ¡Qué problema, Señor!

ROBLAS.—Y qué fortuna para que cada cual tenga una fortuna...

DUQUESA.—Eso ya saben ellos que ni soñarlo. Mientras estemos unidos hay muy holgadamente para todos. Después...

DUQUE.—Después, migajas de herencia, retazos de grandeza, jirones de suntuosidades... y como final, en la familia la dispersión, y en el palacio la almoneda. ¡Qué le vamos a hacer!...

DUQUESA.—No lo veremos nosotros, claro está; pero

me quita el sueño muchas noches el pensar en que éstos lo han de ver forzosamente.

TOTORA.—Por nosotros no os apuréis, que a la fuerza nos arreglaremos.

MARUCHA.—Y tan a la fuerza..., ¡pero nos arreglaremos! A ésta ya le ha salido dos veces el tres de oros.

PACECITA.—Con el rey de espadas al lado. ¿Verdad, Totora?

TOTORA.—Verdad.

PACECITA.—Suerte y muy próxima.

DUQUE.—Saliendo ahí... ¡ya es algo, ya!

TOTORA. *(Riendo.)*—Algo es, sí...; pero, por si acaso, ya damos por bien sabido que nuestra situación actual es... es interina, un poco de prestado, casi de alquiler.

DUQUE.—¡No tanto, no tanto!

TOTORA.—Y la suerte personal de cada uno irá diciéndonos luego nuestro porvenir.

ROBLAS.—El tuyo ya lo sabemos. Se llama el Marqués de Sotolargo.

TOTORA.—Menos.

ROBLES.—¿Menos?

TOTORA. *(Haciendo el ademán de largarse.)*—Largo solamente.

ROBLAS.—¿Reñisteis?

TOTORA. *(Levantándose y yendo lentamente.)*—No. Contamos. Contó él...; no debieron salirle las cuentas muy claras..., y concluyó su amor. Como esto pasa todos los días con muchas de nosotras, ¡ni sorprenderme! Dolerme, desesperarme, sí... *(Sonriendo.)*; pero sorprenderme, no.

DUQUESA.—Y lo malo no es que haya pasado, sino que seguirá pasando.

MARUCHA. *(Cogiendo a Totora.)*—Anda a lo importante ahora, que está Pacecita intranquila por si ale o no a la tercera ese adorado tres de oros.

TOTORA.—Vamos, sí.

DUQUE.—¡Cómo le envidio, Roblas! Viudo, sin ijos...

ROBLAS.—Ni hermanos, ni sobrinos. Nadie, nadie.

DUQUE.—Inmensamente rico.

TOTORA.—¡Un tres de oros de carne y hueso!

ROBLAS.—En cierto aspecto, sí. Un capital modesto; ero sin partirlo hoy con nadie ni preocuparme por si lejaré mañana tanto o cuanto. Tiene usted razón: innensamente rico.

DUQUESA.—Sí, señor.

ROBLAS.—Lo bastante para realizar todos mis carichos, y lo bastante poco para que mi dinero no sea in insulto a los que no tienen ninguno.

PACECITA.—De esa manera yo no tendría inconveiente en insultarles.

MARUCHA.—Insultarles, injuriarles, ofenderles... ¡y prender palabrotas nuevas todos los días!

DUQUESA.—¡Niña!

ROBLAS.—Yo no. Me conformo con tener derecho ı ser egoísta... y serlo muy a gusto.

MARUCHA.—También nosotras.

DUQUESA.—¡¡Niña!!

ROBLAS.—Y estimando a pocos, despreciando a muchos, y no importándome nadie lo suficiente para desvelarme ni una sola noche, creo que contribuyo, con ni acertadísima conducta, a merecer la buena suerte que me dió las tres felicidades de este mundo: tener salud, tener dinero y no tener familia.

DUQUE.—¡Hombre, Roblas!

Marucha.—De la familia no podemos decir nada para que no riña la familia.

Duquesa.—¡¡Marucha!!

Pacecita.—¿Lo ve usted...?

Duquesa.—¡Paz! A callar vosotras.

Totora.—¿No la echa usted de menos jamás, seño de las Roblas?

Roblas.—Jamás. Sería un agravio a la estrella ge nerosa que ampara mi vida tan espléndidamente. ¿N estar obligado a querer a nadie? ¡Es magnífico! ¿Sa ber que nadie podrá serme nunca desleal o ingrato ¡Es admirable y extraordinario! ¿Saber que nunc tendré una pena por la pena de otro o por la malda de otro? ¡Eso es ya casi divino! No creo, sinceramente no creo que haya por la tierra quien pueda pedir u bien mayor.

Pacecita.—¡Nadie!

Marucha.—Que nos lo den a nosotras.

Duquesa.—Cuando se escriba el Manual del Per fecto Egoísta, irá a ese libro todo lo que usted dice.

Roblas.—Pudiera ser. Y yo garantizo el negoci editorial sólo con que compren, no los que tengan entr los suyos una mujer perdida, un hijo canalla o un her mano presidiable, sino entre los honrados, los bueno y los amantísimos, aquellos que padezcan la cavila ción perpetua de la mujer enferma, del hijo sin ofici o de la hija sin dote, cuando ellos sirven únicament para covachuelistas con manguito y ellas no puede servir sino para la misión prolífica de incubadoras co diploma parroquial.

Duquesa.—¡Roblas!

Totora.—¡En eso tiene razón!

Marucha.—¡Y no es culpa nuestra!

Pacecita.—¡Qué ha de ser!

Duque. *(Suavemente.)*—Niñas, niñas...

Duquesa.—Comprenda usted que ciertas cosas no s deben oír las muchachas.

Roblas.—Concedido, Duquesa. Y dígales usted, ade-ás, que no las piensen.

Duque.—¡Roblas, Roblas...!

Roblas—¿Es inexacto lo que he dicho, Clarinda?

Duque.—Puede que sea muy exacto, puede; pero llia, te lo suplico. Con tus rabotadas y la nitroglice-na de tus expresiones me desmoralizas las huestes arindianas.

Roblas.—Que se cuiden de lo que oigan a los mu-achos, porque lo que decimos los camastrones no ma ni resta. Agua de torrentera, que pasa y no riega.

Duque.—Pero influye, influye.

Roblas.—Pues punto en boca.

## ESCENA VI

Dichos. Por derecha, Octavia.

Octavia.—¿Qué es eso? ¿Ya ha dicho alguna de s suyas?

Duque.—¿De las suyas? De Pedro Botero, el cola-rador habitual de este santo varón, que se gana el araíso por lo que hace e irá a que le den tizonazos r lo que dice.

Duquesa. *(Riendo.)*—Y muy merecidos.

Octavia.—¡¡Pero Roblas...!!

Roblas.—Injusticias. Nadie se ve libre de alguna.

## ESCENA VII

Dichos. Por foro, Chicho Praderas y Guillermo.

Marucha.—Tío Chicho, ven acá.

Chigho.—Déjame saludar siquiera.

Marucha.—Haz una reverencia.

Chicho. *(Encogiéndose de hombros.)*—Bueno. *(Hace la reverencia.)* ¿Qué te pasa?

Marucha.—Para que veas lo bien que le va a salir todo a tu ahijada. Mira—y es a la tercera, ¿eh?—: el siete de espadas, el siete de bastos con sota...

Chicho. *(Admirado.)*—¿Con sota? *(Encogiéndose de hombros.)* Bueno. Pero yo tengo mi opinión particular sobre las sotas...

Totora.—Guárdatela.

Octavia.—¿Qué hay, Guillermo?

Guillermo. *(Que besó la mano a la Duquesa y saludó al Duque.)*—Nada.

Octavia.—No es mucho.

Guillermo.—No. ¿Cómo vamos, Roblas?

Roblas.—Viviendo. Y es bastante ya. ¿No te parece?

Guillermo.—A mí, no.

## ESCENA VIII

Dichos. Por foro, la Condesa de Sena.

Condesa. *(Sentándose al lado de la Duquesa.)*—Creí que también hoy me quedaba sin partida.

Duque.—Buenas tardes, Condesa.

DUQUESA.—¿Y eso?

CONDESA.—Un dolor aquí muy fuerte. Lo raro es ue me corre por todo el cuerpo y tan pronto en un itio como en otro.

ROBLAS.—Un taxi-dolor.

CONDESA.—Que me lo he tragado sin enterarme. 'uede ser. *(Ha sacado del bolso una cajetilla de cinuenta, de estanco, y se coloca el pitillo a un lado de 1 boca, mal enrollado y medio caído, encendiéndolo nalamente, lo que la obliga a encenderlo veinte veces. 'omo no es preciso que llegue a arder, puede usarse n pitillo figurado, bastando con quemar la punta del apel.)*

ROBLAS.—Con lo que hoy se adelanta, no me causaía gran extrañeza que hubiera ya autoenfermedades, adiocomplicaciones y telenerviosismos en esta máquia humana.

DUQUE.—Y los habrá.

CHICHO. *(Acercándose.)*—Enhorabuena, Presentaión. Si los naipes no marran, tenemos albricias en uerta.

DUQUESA.—Ojalá, Chicho.

TOTORA. *(Acercándose.)*—¡Es maravilloso cómo emos coincidido la bruja y yo!

GUILLERMO.—Pero seguramente que no en lo de rujas. *(Totora se inclina.)*

OCTAVIA.—Menos mal que por fin dejas el gesto urano.

GUILLERMO.—No le tenía.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—No.

## ESCENA IX

DICHOS. Por foro, DOÑA JACOBITA.

MARUCHA.—De tu casa han llamado preguntando estabas aquí.

JACOBITA.—Ahora iré al teléfono.

CHICHO. *(Acercándose.)*—Hola, prima Jacobita.

JACOBITA.—Hola, Chicho. *(Adelanta, y saluda todos.)* Conde..., Duque..., Duquesa, Condesa, Ma quesa, Baronesa...: ¡un momento, ¿eh?, un moment *(Mutis por derecha.)*

ROBLAS.—A mí me ha preterido... y con muchís ma razón. No estar en la Guía es como no estar e el Mundo.

CONDESA.—Ignoraba que fuera parienta vuestra.

DUQUESA.—Chicho que se lo llama.

CHICHO.—¿Por qué no? A ella le complace, a n me tiene sin cuidado, y la hice prima.

ROBLAS.—¡La hiciste buena!

CHICHO. *(Encogiéndose de hombros.)*—¿Qué m da...?

DUQUE.—Casó con un sobrino segundo mío, una b la perdida, que no fué más que a comerle la fortun pero que siquiera tuvo la delicada atención de morir pronto.

CONDESA.—No es gran parentesco.

OCTAVIA.—Ninguno. Sólo que al tío Eugenio le c yó en gracia esta buena señora—hija de un contratis de carreteras, de esos que se enriquecen haciendo bla dos los firmes—; nadie, pero muy simpática, y q ha tomado muy en serio su papel de prima de los D ques de Clarinda.

DUQUE.—Confieso que la veo a gusto.

Duquesa.—Todos.

Duque.—Y hasta me conmueve un poco su adhesión ıcondicional a nuestra casa.

Octavia.—Como propia. Se cree una columna del emplo de la aristocracia, y sabe más que nosotros de ntronques y de heráldica. Pero su admiración, una dmiración casi sobrenatural, es por el tío Chicho.

Roblas.—¿Y qué tiene éste de particular?

Octavia.—¿Para doña Jacobita? El máximum de ıs maravillas terrenales. Un hombre, heredero direc- o de cinco títulos, dos con grandeza, ¡y que no saca inguno! ¡El asombro de los asombros!

Chicho. *(Encogiéndose de hombros.)*—¡Un asom- ro! ¿Pero, sin cinco pesetas, para qué cinco títulos?

Octavia.—Conformes. Pero ella, que aún a veces e queda extasiada ante las armaduras que hay en el ellano de las escaleras y que andaría a gatas cien ki- ómetros, desollándose las manos y las rodillas por ına Baronía o un Vizcondado, no acaba de explicarse a posibilidad de que alguien renuncie a tanto honor.

Chicho.—Guilladuras.

Roblas.—Sería curioso hacer una estadística, no de as pretensiones legítimas y fundadas, que esas tienen u explicación natural, sino de las pretensiones sin ba- e y sin fundamento ninguno. Hay por esos mundos osas inexplicables: la chamarilera que se da aires de gran señora; el cojo, que se queda mirando una bici- leta; el tartamudo, que sueña con ser tenor...

Octavia.—Ese tendría la seguridad de repetir to- das las romanzas.

Roblas.—¡Y tanto que las repetiría!

## ESCENA X

DICHOS. DOÑA JACOBITA, por derecha.

DUQUESA.—¿Pasaba algo, Jacoba?

JACOBITA.—Un telefonema de mi hermana, que ha llegado bien a Cádiz, donde se le casa un hijo.

DUQUE.—Uno no es nada.

JACOBITA.—Pero como ella no tiene más que ése le parece que se le casan muchos.

ROBLAS.—El Duque no contesta a lo que usted dice sino a lo que él piensa, que es la manera usual de llevar las conversaciones. Nos hablan de lo que les interesa a ellos, y respondemos por lo que nos interesa a nosotros. ¿No es así, Chicho?

CHICHO. *(Encogiéndose de hombros.)*—Por mí ya podéis hablar del Preste Juan de las Indias.

JACOBITA.—Nada le importa.

ROBLAS.—Es un filósofo. Y de los auténticos: sin saber que lo es.

CHICHO.—Si la tomáis conmigo prefiero hacer solitarios.

PACECITA. *(Batiendo palmas.)*—¡Ay, sí, vamos vamos!

MARUCHA.—Y si sale a la primera es que sí a lo que pensamos nosotras.

CHICHO.—Muy bien. *(Van los tres a una mesa.)*

OCTAVIA.—No tienen más que una preocupación siempre la misma; y de continuo pretenden que las esperanzas que no les da la vida se las dé la baraja.

TÓTORA.—No creas que es mayor sabiduría el fiarse de una palabra. ¡Las cartas mienten muchas veces, pero con las promesas también se miente algunas!

OCTAVIA.—Algunas.

Totora.—Y otras se eternizan tanto que, aun siendo grandes verdades, se las pueden poner bien en el cajón de las grandes mentiras.

Octavia. *(Riendo.)*—Pero dejándolo entreabierto, por si acaso.

Guillermo.—Eso de que las promesas se eternizan, en ocasiones es muy cierto, pero en algunas es, sencillamente, no hacerse cargo.

Roblas. *(A Octavia.)*—Otro que contesta por lo suyo.

Octavia. *(Aparte a Roblas y riendo.)*—Y a navajazos.

Duquesa.—Tiempo para todo, tiempo.

Duque.—Es el gran arreglador.

Condesa.—Y a él hay que agradecerle lo mejor de cuanto nos pasa.

Jacobita.—Habrá. Pero a mí el tiempo me trajo soledades, me hizo artrítica y me hizo vieja. ¡No tengo que agradecerle nada a ese señor de Tiempo!

Roblas.—¡Doña Jacobita!

Jacobita.—¡Nada! Y como a ustedes les ha de hacer otras barrabasadas por el estilo, que de eso nadie escapa, no comprendo que haya por el mundo quien hable de él sino tratándole de granuja para arriba.

Duquesa. *(Riendo.)*—Jacoba...

Jacobita.—O para abajo. Lo mismo me da.

Roblas.—Antipatías personales.

Jacobita.—Exactamente.

Octavia.—Reconocerás siquiera que, a veces, es el único recurso.

Jacobita.—Pero malo. Lo poco que arregla el tiempo lo arregla siempre a destiempo.

Totora.—Con los que vayan de vencida quizás dis-

curras bien; pero los que empezamos a vivir no conocemos ilusión mayor que la de esperar el día de mañana.

JACOBITA.—¡No digas eso, que en labios de una hija de los Clarinda es casi una blasfemia! ¿Qué podrá traerte el porvenir que valga lo que el presente y, sobre todo, lo que el glorioso pasado de nuestra raza?

ROBLAS. *(Aparte a Octavia.)*—¿Ha dicho nuestra?

OCTAVIA. *(A Roblas.)*—Se refiere a la raza española.

ROBLAS.—Entonces ahí también entro yo. Tiene usted razón, Jacobita: ¡no hay nada como el glorioso pasado de nuestra raza!

JACOBITA.—Sin necesidad de que usted lo repitiera.

ROBLAS.—Dispense. *(Aparte a Octavia.)* Me excluye de la raza también.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Resignación, Roblas.

JACOBITA.—Y tú, vosotros, tenéis la obligación primordial de velar por la limpia ejecutoria de un nombre ilustre, que con tanta dignidad sostienen hoy los descendientes de un Iñigo Diego, Virrey de América; de un Nuño Albar, Adelantado de Granada, y cien más, famosos por sus méritos y sus hazañas.

DUQUE.—Verdad.

DUQUESA.—Y en esa tradición los educamos.

OCTAVIA.—Verdad, sí, nadie la discute. Pero si vieras qué poco adelantan hoy con el Adelantado de ayer...

JACOBITA.—¡Milagro que no respondieras en bolchevique!

OCTAVIA.—¡No, no! En cuanto lo que tú has dicho, admirable como recuerdo, admirable como legítimo orgullo de una familia, pero inadmisible como ejemplo;

porque hoy no se pelea de ese modo, no son las hazañas de esa índole, y en las provincias no hay ya que adelantar nada, como no sea adelantarlas un empréstito.

JACOBITA. *(Escandalizada.)*—¡Jesús, Jesús!

OCTAVIA.—Y aunque mi experiencia no sea mucha, tengo la bastante para saber que cuando todo marcha alrededor nuestro es una gran torpeza el detenerse, y cuando todo cambia por el mundo entero de aspecto y de importancia, es torpeza también el quedarse embobada todavía con los magníficos pero ya risibles espantajos, que por todas partes van cayendo.

DUQUESA.—¡No lo dirás por tu propia alcurnia!

OCTAVIA. *(Sonriendo.)*—¿Qué tiene la mía de excepcional para que no la tiren y se caiga como las otras?

DUQUE.—No te engañes, Octavia. Por el mundo habrá siempre, ¡siempre!, grandes respetos que guardar.

OCTAVIA.—Y esos los guardaré yo también sin vacilación ninguna. Pero no son esos los que asustan, no son los grandes los temibles... ¡son los pequeños! No son las cadenas las que amarran y dificultan la vida. pues esas, en un momento de coraje, se liman o se rompen. No. Lo tremendo es luchar todos los días y a todas las horas con lo menudo, lo insignificante... ¡con los hilitos de araña!, que la mayor parte de las veces ni siquiera se ven hasta que se incrustan en la ropa o se pegan a la cara.

JACOBITA.—Esos se quitan bien fácilmente.

OCTAVIA.—Sí. Quitas uno... y a los veinte pasos se pega otro... y otro... ¡y otro! *(Haciendo ademán de quitárselos de todo el cuerpo.)* Y se requiere un valor casi heroico para no desfallecer en la pelea con esos

enemigos, que ningún día te vencen, pero que todos los días te acometen.

ROBLAS.—Suponiendo que valgan la pena de quitarlos. ¡Llegaría a ser precioso un vestido con los arabescos del encaje de tantos hilitos...!

OCTAVIA.—El vestido, quizás, pero la vida ¡inaguantable!

ROBLAS.—Lo que es ya. Para eso no necesitamos de las arañas.

OCTAVIA.—Seguramente que no.

## ESCENA XI

DICHOS. UN CRIADO, que se acerca a la DUQUESA.

DUQUESA.—¿Vamos empezando a tomar el té mientras vienen los rezagados?

CONDESA.—Vamos. *(Mutis por derecha todos, menos Octavia y Doña Jacobita.)*

JACOBITA.—¡Revolucionaria!

OCTAVIA.—Hoy no están mucho de más los que lo son algo... y mucho.

JACOBITA.—Calla, calla. Parece que te olvidas de que para ti no hay sino un camino.

OCTAVIA.—Por uno voy. ¿Pero haber? Haber, hay bastantes.

JACOBITA.—Uno. Casarte.

OCTAVIA.—No depende sólo de mí.

JACOBITA.—Cuando se tiene un título de tan noble prosapia como el tuyo es un deber social el perpetuarlo.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Bueno...

JACOBITA.—¿Lo dudas?

OCTAVIA.—No. Lo que me pasa es que antes, mu-

chísimo antes, pienso en mí misma, en mis cariños y en mis esperanzas, y después, muchísimo después, en si dejaré o no un blasón; no estando, además, muy segura de que deje algo, dejando eso solamente.

JACOBITA.—Haces mal en no estarlo. Y así como te digo una cosa te digo otra: no imites la conducta deplorable de los Clarinda.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Jacoba...

JACOBA.—Deplorable, indigna. ¡Ya ves si los quiero! Pues no rectifico: ¡indigna!

OCTAVIA.—¿Y eso?

JACOBITA.—¿Tienen once títulos en la casa?

OCTAVIA.—No.

JACOBITA.—Pues entonces, ¿con qué derecho tienen once hijos?

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Un abuso...

JACOBITA.—¡Y tanto! Que no hubiera guardado miramientos un cualquiera, pase... ¿Pero un Clarinda? ¿Dejar un Clarinda un hijo sin título? ¡Indigno, Octavia, indigno! *(Mutis por derecha.)*

## ESCENA XII

OCTAVIA. Por izquierda, GUILLERMO.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¿Has oído?

GUILLERMO.—Ni me importa.

OCTAVIA.—Disimulas poco tu mal humor, Conde...

GUILLERMO.—No sé. Y bien quisiera parecerme a ti en eso. Tu boca ríe muchas veces, tus ojos ríen siempre; en el corazón debes tener un cascabel.

OCTAVIA.—No me sorprendería. Un cascabel y, en ocasiones, un "jazz-band". ¿Te enfada?

Guillermo.—Al contrario, te envidio; máxime sabiendo que hay más de un motivo para que no estés muy entusiasmada con tu suerte.

Octavia.—Ninguno. Tengo una salud de bronce, un carácter bastante soportable...

Guillermo.—Te adoran todos.

Octavia.—Aunque no me adoren más que la mitad ya es buen negocio.

Guillermo.—Todos, todos.

Octavia. Vivo espléndidamente...

Guillermo. *(Con ira.)*—En casa de tus tíos.

Octavia.—En casa de mis tíos, pero espléndidamente. Me tratan y me consideran como a una hija. ¡Y hay que agradecer de veras que nos llamen hija en la casa donde ya tienen once! No suele ser agua lo que apetece el río...

Guillermo.—Cierto.

Octavia.—Y cuando cavilo en lo que pudo ser de mi a no recogerme los tíos tan bondadosamente... ¡No te extrañe que yo diga siempre que vivo gracias a Dios y gracias a ellos, aunque de fijo no sé bien a quién poner primero en mi gratitud!

Guillermo.—Realmente se portan de un modo insuperable.

Octavia.—Pues tú dirás de qué voy a quejarme si reúno todo eso y, por añadidura, tengo un novio como pocas mujeres podrán ufanarse de tenerlo.

Guillermo.—No tanto...

Octavia.—No digo de preciosísimo...

Guillermo. *(Riendo.)*—¡Ni yo tampoco, mujer!

Octavia.—Digo de fiel y de constante. ¡Cincuenta y siete años de novios! No creo que lo fueran más

tiempo los Amantes de Teruel, aun siendo tonta ella y tonto él.

GUILLERMO.—Cincuenta y siete, no; pero llevas razón al echarme en cara lo que se prolongan nuestras relaciones.

OCTAVIA.—Total, seis años. Nada. En cuestión tan grave no se pueden aconsejar las precipitaciones. Y el tío Eugenio, que es hombre práctico, ya me prometió que el regalo de boda me lo dejaría por testamento.

GUILLERMO.—Bueno...

OCTAVIA.—Nadie tiene prisa. No la tengas tú tampoco.

GUILLERMO.—¡Pues yo sí la tengo!

OCTAVIA.—¡No! Repentes no, que traen malos resultados.

GUILLERMO.—¡Bien! Siga la burla. Por lo visto es un secreto para ti el que todos mis afanes se estrellan contra la mala suerte mía, y que ayer mismo, ayer, me rechazaron los estudios de unos saltos de agua en el Tajo porque a los señores accionistas no les pareció bastante remuneradora la ganancia. Trabajo perdido, vuelta a empezar ¡y vuelta a seguir ciñéndome a mi paga de capitán de Artillería!

OCTAVIA.—No te preocupes, bobo. ¿Falló un asunto? Otro se logrará.

GUILLERMO.—Otro, sí; pero mientras, y ya veremos hasta cuándo, siglos y siglos y más siglos, amarrado a la dichosa paga.

OCTAVIA.—¡Tienes salero con tus lamentaciones! Cuentas por siglos lo que podrá tardar en realizarse un negocio—muy bueno, sí, pero no decisivo para tu vida—y te pareció una exageración el que yo contara

por cincuenta años los que llevo aguardando tu cariño y mi felicidad.

Guillermo.—¡¡Octavia...!!

Octavia.—¡Qué verdad tan grande la de que el Calendario no sabe lo que dice al anunciar los días y los tiempos! Para fines de aquel octubre vaticinaban nublados y tormentas. Comenzaron por entonces nuestros amores, los únicos de mi vida..., y no recuerdo haber pasado nunca una semana más tranquila y más serena que aquella semana nublada de Biarritz.

Guillermo.—Era el Sol dentro de nosotros...

Octavia.—Dice que de diciembre a diciembre va un año. En ese plazo se murió mi padre, se murió mi madre, me quedé sola... ¡sola no, que en seguida vinieron los acreedores a embargar cuanto había! ¿Y todo eso fué un año nada más? ¡Mentira! ¡fué la eternidad! ¡Al contar con el estado del tiempo y no contar con el estado de las almas, el Calendario será siempre un grandísimo embustero!

Guillermo.— Lo es. Y como no quiero que de mí lo puedan afirmar con igual exactitud, casi me alegro de que seas tú la que lleves la conversación por estos derroteros, que yo iba dilatando cobardamente el afrontarlos.

Octavia.—¿Cobardemente?

Guillermo.—Sí.

Octavia.—Comprendo. Pero ante todo una aclaración indispensable; yo no planteo nada, no exijo nada y no siento impaciencias por nada.

Guillermo.—Soy yo.

Octavia.—Tú serás. Estoy segura de mí: me basta. Creo en ti: me basta también. Por consecuencia

e nosotros, por mí, ni una palabra: por ti, cuantas te azcan.

Guillermo.—Es menester decirlas.

Octavia.—Pues dilas. Y ten presente una condi-ón, una nada más: que yo voy, sin vacilar, por donde me marques; pero que por donde hayas marcado ya, spués voy yo sola si es que tú no vienes.

Guillermo.—Te conozco y lo sé.

Octavia.—Pues habla ya.

Guillermo.—Te consta, pero me complazco en re-tírtelo siempre, que no he querido, ni quise ni que-é a nadie sino a ti.

Octavia.—Empezar, no empieza mal: veremos có-) sigue...

Guillermo.—Mi aspiración exclusiva es la de ofre-te, no diré los lujos, pero siquiera las comodidades que estás acostumbrada. Por buscarlas no queda; sólo e Dios no mira hacia mi lado cuando yo trabajo... no acierto!

Octavia.—Ya mirará.

Guillermo.—Mi sueldo no llega para nada: a pri-ciones de cierta índole no arrastra el Conde de Mor a Marquesa de los Carballos; y hacerte esperar in-inidamente, por lo que incluso puede no venir ja-s, lo encuentro una canallada. En estas condiciones hay más que una solución leal ¡y esa tomo! Desde ra quedas en libertad absoluta.

Octavia. *(Suavemente.)*—Guillermo...

Guillermo.—Absoluta. Y te pido únicamente que perdones, que perdones a un hombre, honrado y mal, pero tan loco, tan iluso, que se llegó a creer un momento que valía para triunfar y para mere-te.

OCTAVIA.—Volvamos al principio. ¿Me quieres?

GUILLERMO.—Sí.

OCTAVIA.—¿Más que a todo?

GUILLERMO.—Sí, pero...

OCTAVIA.—Sin pero. ¿Más que a todo?

GUILLERMO.—¡No lo sabes tú bien!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Pues no hay más que una con testación: en abril estamos, en mayo casados.

GUILLERMO.—¡Octavia!

OCTAVIA.—No te preocupes por nada. Yo me encar go de que pidan tu mano.

GUILLERMO. *(Riendo.)*—¡Bien! Pero no puede ser iríamos a una locura.

OCTAVIA.—Por el cariño, no.

GUILLERMO.—¡No!

OCTAVIA.—¿Monetariamente?

GUILLERMO.—¡Claro!

OCTAVIA.—Tampoco. Eso lo resuelvo yo.

GUILLERMO. *(Riendo.)*—¿Tú...?

OCTAVIA.—Servidora. Desde que no tengo un cén timo mi especialidad son precisamente las cuestion financieras.

GUILLERMO.—Bueno...

OCTAVIA.—Como lo oyes. Me das tres, gasto seis me queda superávit. Lo mismo que en el ministerio d Hacienda.

GUILLERMO.—Fantasías.

OCTAVIA.—Y si aun quieres reducir tu presupuest ¡cásate! El casarse es lo más económico para un hombr

GUILLERMO.—Si tú lo dices...

OCTAVIA.—Y lo demuestro. ¿Qué gastos implica un mujer? ¿Vestirse? Yo tengo vestidos para tres año como soy mañosita y me los arreglo, hay para otr

tres lo menos. ¡Seis! Y como las modas vuelven, hay para otros seis elegantísima. ¡Doce! ¿Supongo que de aquí a doce años no te causará gran extorsión el comprarme un traje nuevo?

Guillermo. *(Riendo.)*—Espero que no.

Octavia.—¿Hay más problemas en el matrimonio?

Guillermo.—¡Comer!

Octavia.—No como. Van ya dos meses a régimen para la esbeltez de la línea. Conmigo te llevas una verdadera ganga. ¡Aprovéchala, Guillermo!

Guillermo.—¡Si fuera eso únicamente! Pero es renunciar desde ahora al trato social, al rango y a la posición nuestra, que no podríamos sostener decorosamente...

Octavia.—¡Alto, alto, alto! Si lo que entiendes tú por sacrificio no es el mermar lo indispensable para nuestra vida íntima, sino el dolor grotesco de unas cuantas vanidades que no se logran; si lo que te espanta en nuestra unión es la inmensa pequeñez de no tener desde el primer día el "auto" a la puerta o no tener el palco en el Real, entonces... ¡ay, entonces, pon que no he dicho nada de amor, ni de afán, ni de unirnos ilusionados... ¡nada, nada!, y de la boda, ¡de la boda!, ni en este mayo que viene ni en cien mayos que vengan todavía!

Guillermo.—No has comprendido. El miedo es por ti solamente.

Octavia.—¿Por ti no?

Guillermo.—No. Te lo juro. El sacrificio mío más grande, el que tú puedas considerar como más grande, no tiene valor ninguno tratándose de ti.

Octavia.—Pues por mí no hay caso.

Guillermo.—Por mí tampoco.

Octavia.—Y fíjate bien en que no te propuse nunca: contigo, pan y agua. No. Contigo, pero a luchar inmediatamente para conseguir todas las comodidades apetecibles, que también a mí me satisfacen y no hay razón ninguna para no buscarlas honradamente.

Guillermo.—No soy afortunado en mis asuntos.

Octavia.—Pero lo serás.

Guillermo. *(Riendo.)*—¿También garantizas eso?

Octavia.—Conmigo todo garantizado.

Guillermo.—¡Mejor!

Octavia.—¿Qué pasa hoy si no tienes mil pesetas? Que reniegas y te privas de algún capricho. Nada más. ¿Qué pasará mañana?

Guillermo.—Renegar más aún si faltan para ti.

Octavia.—¡No! Comprender que son necesarias, buscarlas aunque sea debajo de las piedras...

Guillermo.—¡Es verdad!

Octavia.—Y si en la calle te dice un amigo: "¿no vas al Real, Guillermo?", contestarle: "no, ahora voy al duro, que me corre más prisa."

Guillermo.—¡Claro que iré!

Octavia.—Y que lo traerás.

Guillermo.—Eso...

Octavia.—¡Seguro! ¡Así que no hay diferencia, incluso para el acierto, de trabajar indolente y por satisfacer caprichos, a trabajar con fe y por las obligaciones que uno mismo ha querido ya que sean sagradas!

Guillermo.—¡Tienes razón! Tus palabras animan y ya tengo yo también la certeza de que no serán vanos mis esfuerzos y de que traeré seguramente para mi casa ese duro, y cien duros, y mil duros y...

Octavia.—¡Basta! Para el gasto de hoy basta con esos mil. Ya saldrás mañana por otros.

GUILLERMO.—¡Por cuantos sea menester!

OCTAVIA.—Entonces lo dicho, dicho, y sin modificar ni una letra.

GUILLERMO. *(Riendo.)*—Ni una.

OCTAVIA.—A ser dichosos.

GUILLERMO.—A serlo.

OCTAVIA.—¿Y en este mayo, Guillermo?

GUILLERMO. *(Abrazándola.)*—¡En este mayo, Octavia!

TELON







# ACTO SEGUNDO

Una salita moderna, en que se ve más el buen gusto de la dueña que el dinero. De día, por la tarde, en junio.

## ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, sentado cómodamente, concluye de tomar su café. Por derecha, OCTAVIA y UNA CRIADA.

OCTAVIA.—Recoge. Y que no estamos para nadie, no siendo los íntimos.

CRIADA.—Bien. ¿Doy el aviso en la portería?

OCTAVIA.—Mejor, sí.

CRIADA.—Bueno. *(Mutis.)*

OCTAVIA. *(Sentándose en el brazo del mismo sillón.)* Encastillados.

GUILLERMO.—Ya lo veo.

OCTAVIA.—A la noche miraremos las tarjetas de los que se acordaron de felicitarte por el santo, y después

diremos lo clásico: ¡cuánta gente se dió el gusto de venir... y a cuánta gente dimos el gusto de no encontrarnos!

GUILLERMO.—Ya descarto que para muchos no pasará de un cumplido; pero con tu sistema de no recibir, nos aislamos.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Y con el otro nos reventamos ¡Tú dirás!

GUILLERMO. *(Secamente.)*—Yo no digo nada.

OCTAVIA.—Antes el té era un té; pero ahora les ha dado por comer de veras—que la comida seria de las que no comen en su casa por régimen, es la merienda en la casa ajena—, y a los muchachos por beber de veras—"whiskey" a todo trapo—, y eso ya complica mucho la administración casera, Guillermito.

GUILLERMO.—No creas que sea ningún conflicto pavoroso.

OCTAVIA.—La materialidad de faltarnos cincuenta o sesenta duros, ya sé que no; pero aquilatando en otras atenciones más precisas, se me haría muy cuesta arriba el tirarlos en vanidad solamente.

GUILLERMO.—Hay la obligación de cumplir con los demás.

OCTAVIA.—Fué una torpeza mía. Dispénsala.

GUILLERMO.—No es contra ti lo que digo, que no hay hombre tan feliz como yo lo soy con tu cariño; que en tres años de casados, no tengo ni la sombra de una queja.

OCTAVIA.—¡Podías tenerla!

GUILLERMO.—Al contrario. Estoy convencidísimo de que no hay mujer comparable a ti en buena, en amante, en hacendosa, ¡que realizas milagros económicos!

OCTAVIA.—Eso ya te lo predije: ¡te llevas una financiera, Guillermo!

GUILLERMO.—Y así es; pero en ocasiones no hay más remedio que extralimitarse un poco.

OCTAVIA.—¡Quiá!

GUILLERMO.—Pues ya tocamos las consecuencias.

OCTAVIA.—Vivir admirablemente, sin una trampa ni un apuro. A veces equilibrista, funámbula extraordinaria, pero sin caer nunca de la cuerda.

GUILLERMO.—Un prodigio, sí...; sólo que la gente dándonos ya de codo.

OCTAVIA.—¿No te basta tu casa? ¿Necesitas además as ajenas para ser dichoso?

GUILLERMO.—No me gusta que nos desprecien, y lo del marqués de Terán, no invitándonos al baile de la otra noche, fué un desprecio bien marcado.

OCTAVIA.—Pues yo dormí perfectamente.

GUILLERMO.—Yo, no. Pero me esperaba el desaire. Como devolvemos todas las papeletas de rifas y de conciertos benéficos, ahora nos cobran la mezquindad de echazárselas.

OCTAVIA.—Mezquindad, no, que las dichosas rifas, an prodigadas, son un capítulo muy fuerte para nosotros.

GUILLERMO.—Pues aguantar las mortificaciones que engan.

OCTAVIA.—¿Te importan de tal modo esas pequeñísimas heridas de amor propio que no las puedes sacrificar?

GUILLERMO.—¡Ya las sacrifico!

OCTAVIA. *(Dulcemente.)*—No hemos reñido jamás por nada, ¡por nada!; y otra vez, ¡otra vez!, vamos a estar a punto de pelea por la insignificancia absurda

de una rifa, de un baile, de una invitación más o menos..., ¡por una miseria en total! ¡No, Guillermo, no! Si quieres reñir, busca un motivo grande; que por uno tan ruin y tan despreciable, no estoy dispuesta ni siquiera a levantar la voz.

GUILLERMO. *(Abrazándola.)*—¿Qué sarta de disparates estás endilgando, tonta?

OCTAVIA. *(Sonriendo.)*—¿Verdad que tontísima?

GUILLERMO.—De capirote. ¿A cuenta de qué vamos a pelear tú y yo? Y el que algunas cosas no salgan a medida de mi deseo, ¿qué tiene que ver con adorarte?

OCTAVIA.—No debía tenerlo.

GUILLERMO.—De manera que ya lo sabes: adorada, idolatrada y reverenciada.

OCTAVIA.—Tu obligación; no te des tono de que es algo más.

GUILLERMO.—Y para cortar por lo sano estas discusiones, me voy a llegar un momento a ver si me dicen cuándo se reunirá el Consejo de las minas, para poder cobrar esas pesetejas de mis planos e irnos en seguida de veraneo adonde te dé la santísima gana.

OCTAVIA.—Ahí es precisamente adonde quería ir.

GUILLERMO.—Me alegro haber acertado con el sitio. ¡Te llevaré, Octavia!

OCTAVIA.—Gracias...

GUILLERMO.—Hasta ahora mismo. *(Mutis por derecha.)*

## ESCENA II

OCTAVIA. Por foro. TOTORA.

TOTORA.—Ahora subirán Pacecita y Marucha, que las he dejado despidiéndose de sus admiradores, y como parece que efectivamente se despiden ¡para no

olver!, no he querido turbar el dulce instante de la uptura.

Octavia.—¿No se entienden?

Totora.—Ni es posible. Somos mucho para que se cerque a nosotras un oficialete o un empleadillo..., y omos muy poco para uno de nuestra misma clase.

Octavia.—Poco...

Totora.—Y así sucede. Mientras se trata de incli-aciones y de simpatías, vamos admirablemente; pero n cuanto suena la hora de formalizar, ellos se espan-an ¡con razón!, y nosotras nos indignamos ¡sin razón!

Octavia.—Sin razón, que la vida luego es muy dura.

Totora.—Debe serlo, porque en cuanto los galanes e ponen a echar cuentas, se advierte en ellos una trans-ormación inmediata y radical. En seguida serios, gra-es, cavilosos. Como en la convalecencia de unas fie-ıres, por ejemplo, se le nota bien a uno en la cara que ıa estado enfermo, así a los novios se les nota en la ara cuando han estado echando cuentas para decidir a boda.

Octavia.—¡Ha de preocuparles!

Totora.—Ya se les trasluce. Y a cada palabra cari-íosa da ganas de contestarle: yo también te quiero mu-ho a ti, Federiquín..., ¡pero a ver si te alivias, hombre!

Octavia.—Ese es el problema eterno de los que ne-esitan pensar antes en cómo se ha de vivir después.

Totora.—De los egoístas. Queriéndose, no hay pro-ılema nunca.

Octavia.—Queriéndose y adorándose.

Totora.—¿Como vosotros?

Octavia.—Como nosotros. Si en casa no hubiera nás que miseria o incendios o pulmonías, seríamos completamente felices.

TOTORA.—¡Anda!

OCTAVIA.—El amor es lo bastante poderoso para hacernos comprender que esas desdichas no se pueden sobrellevar más que unidos y muy identificados el uno con el otro.

TOTORA.—Esa es la mía: quererse, unirse ¡y venga lo que viniere!

OCTAVIA.—Sí; pero lo que viene corrientemente no es la gran catástrofe, que hunde o pasa, sino la molestia, el arañazo de lo que siendo insignificante en sí mismo, es enorme porque insiste y persiste y sabes seguro que de nuevo ha de insistir.

TOTORA.—¿Guillermo no es un buen marido?

OCTAVIA.—¡El mejor de los hombres! Y cuando es menester, el más resuelto y el más audaz. Pero cuando no, se abandona y se desanima. Mi capitán es de los que en el campo de batalla se ganan briosamente la laureada..., y en el cuartel, los tienen arrestados todo el año.

TOTORA.—¿Y aquí es un poco de cuartel?

OCTAVIA.—Un poco. Ha sabido amoldarse a todas las grandes exigencias de la vida de casado... y no se resigna a que no cuenten con él para una cacería o no cuenten conmigo para una Junta de caridad.

TOTORA.—¡Pero eso no es difícil de lograr con vuestras relaciones!

OCTAVIA.—Sencillísimo. Y una vez al año, dos, tres..., no hay inconveniente ninguno en aceptarlas; pero como tren constante y seguido, no podemos, Totora, no podemos.

TOTORA.—Me lo explico.

OCTAVIA.—Sale muy cara esa broma. El tiro de pichón, que es uno de sus delirios, hubo que descartarlo

. absoluto. La inscripción, la merienda, las apuestas... nposible! Los pichones éramos nosotros... ¡Y nos ıban cada tiro!

Totora.—¿El no procura ganarse algo?

Octavja.—Pequeñeces... y cuando el cobro es inmeato; que como sea a fecha larga, no tiene constanı. Una semana sin alzar cabeza de los estudios, y lue- dos meses sin entrar siquiera por el despacho.

Totora.—Mal sistema. ¡Hay que espolearle, Ocvia!

Octavia.—No sirve. ¡Ya siente el espolazo, ya! :ro no le dura. Como los relojes de bolsillo, no tiene erda para más de un día.

Totora.—¿Y entonces?

Octavia.—Queda el espolearme yo.

Totora.—Las mujeres no valen para eso.

Octavia.—Las que no quieren valer. ¡Las otras, sí!

Totora.—Nuestra misión es dentro de casa.

Octavia.—Dentro... y fuera. Pero vamos a lo de ntro. En la casa hay... armarios, mesas, lámparas, e pueden ser todo lo elegantes y lo lujosos que te raden, pero además son útiles. Y en la casa hay cuaɔs, estatuas, figulinas... valiosos y preciosísimos, :o inútiles, ¿verdad? Bueno. Pues yo en la casa quie- ser armario, mesa, lámpara, y no cuadro, estatua o ıtil figulina.

Totora.—¡Y yo!

Octavia.—Harás bien; que el terror de los hom:s, cuando piensan en el porvenir, no es tanto por varse una mujer pobre como por llevarse una mujer ıtil. Esas mujeres, muñecas a perpetuidad, que cuan- no son adorno son estorbo, y con las que muchas

veces los maridos sienten muy de veras que no sea fácil el colocarlas a ellas también en las vitrinas.

TOTORA.—La mitad de la culpa suele ser nuestra.

OCTAVIA.—Pues a convencernos de que somos la mitad: mitad a divertirnos, mitad a gastar; pero también mitad a reducirse... y, si es preciso, mitad a ganárselo también.

TOTORA.—¿Tú serías capaz?

OCTAVIA.—¿Yo? Yo y todas. Un arranque, abrir la ventana, tirar la soberbia, y cuando cierras ya está dentro de casa una mujer hecha y derecha.

TOTORA.—Poco parece.

OCTAVIA.—Y poco es. Te lo aseguro.

## ESCENA III

DICHAS. Por foro, PACECITA y MARUCHA.

MARUCHA.—¿Y el marido?

OCTAVIA.—Marchó.

MARUCHA.—Como los novios.

OCTAVIA.—Pero Guillermo vuelve.

PACECITA.—Entonces no es como los novios.

TOTORA.—¿Tarifasteis?

MARUCHA.—Tarifamos. Sin enojos y sin recriminaciones... ¿para qué? Y lamentando los dos esa ruptura.

PACECITA.—Los cuatro.

MARUCHA.—Los cuatro, sí. Son inseparables; juntos empezaron y juntos se fueron.

TOTORA.—Estaba bien previsto, sobre todo desde que se casó nuestra hermana Pilucha.

OCTAVIA.—Una buena boda, con un muchacho formal y trabajador.

TOTORA.—Sí. Se salvó ella..., pero fué la perdición de las demás.

OCTAVIA.—¡No!

TOTORA.—Sí. Papá le da mucho, teniendo en cuenta que somos tantísimos; pero da poco para lo que se figuraban los pretendientes... y huyen.

MARUCHA.—En realidad no fué un rompimiento; fué una liquidación.

PACECITA.—Casi un saldo...

MARUCHA.—Y aun a sabiendas de que era inevitable, cuando llega el momento definitivo se queda una desconsolada.

PACECITA.—Dos.

MARUCHA.—Dos, sí.

TOTORA.—Estamos en época de cotizaciones, ya lo sabemos; pero así y todo, cuesta mucho hacerse a la idea de que el amor tenga tarifa.

OCTAVIA.—El amor solo, no. El amor con la pretensión exagerada de empezar la vida en el tono de lujo y de independencia a que antes se aspiraba únicamente como final.

TOTORA.—Quizás...

OCTAVIA.—Y en último caso... también se vive de soltera.

TOTORA.—También; pero es mucha resignación para nosotras, y nada más que para nosotras, que el resto de la humanidad ya lo resolvió a su gusto. Las casadas, porque ya lo están, y los hombres, porque todos son casados, incluso los solteros.

PACECITA.—Eso. Sólo nosotras, que los demás todos se las componen y a todos les ayudan, que hasta a los pobrecitos gatos les hacen gateras para que salgan en busca de sus amiguitas.

OCTAVIA.—No es lo mismo, Pacecita.

PACECITA.—No será, pero tan de Dios me creo como cualquiera de Angora.

OCTAVIA.—Y más.

MARUCHA.—Pues entonces no vengáis con monsergas de que el mundo es esto y el mundo es lo otro. El mundo está muy bien. Lo que está muy mal es que papá no tenga dinero para todas.

PACECITA.—¡Eso!

TOTORA.—Perdona, Octavia, pero me las llevo. Las pavas son terribles en cuanto dicen algo que no sean pavadas.

MARUCHA.—Bueno, vámonos.

PACECITA.—Felicidades a Guillermo, eh...

OCTAVIA.—Gracias.

TOTORA.—Adiós, tú. *(Mutis por foro, las tres.)*

## ESCENA IV

OCTAVIA. Por derecha, GUILLERMO.

OCTAVIA.—¿De vuelta ya?

GUILLERMO.—No hubo para qué salir. *(Enseñando una carta que arruga y se guarda rabioso.)* ¡Se lo llevó todo el demonio!

OCTAVIA.—¿Qué es todo?

GUILLERMO.—Lo de las minas.

OCTAVIA. *(Sonriente.)*—Si no se lleva más que eso, ¡vaya con Dios el demonio! Digo, no, que se vaya solo y al infierno.

GUILLERMO.—Adonde quiera, que a mí ya me desbarató mis planes. Hasta octubre no se reunirá el Consejo y no me pagarán mis trabajos. Por consiguiente,

astidiarse, amolarse y quedarnos en Madrid todo el erano.

OCTAVIA.—Bueno. No seremos los únicos.

GUILLERMO.—Haz el favor de no poner la cara riueña cuando hablemos de lo que a mí me mortifica.

OCTAVIA.—¿Te incomoda?

GUILLERMO.—Sí. Estoy harto ya de que me trates empre como a un chiquillo, aparentándome alegrías conformidades que no sientes.

OCTAVIA.—Son verdaderas.

GUILLERMO.—¡Mientes!

OCTAVIA. *(Dulcemente.)*—Guillermo...

GUILLERMO.—Dispensa... pero cambia, te lo ruego. entiría que me obligaras a decirte algo desagradable o queriendo enterarte de que esto me mortifica, que a es desesperante la cicatería con que vivimos.

OCTAVIA.—¿Cómo te voy a negar que algo es verad...? Pero afortunadamente tenemos...

GUILLERMO.—Ya sé lo que tenemos. No vuelvas con imbecilidad de repetirlo.

OCTAVIA. *(Dolida.)*—Guillermo...

GUILLERMO.—¿Eso no, eh?

OCTAVIA. *(Con firmeza.)*—No volveré. Confía.

GUILLERMO.—Será lo mejor para los dos.

OCTAVIA.—Pretendí ocultarme en mí misma la evirencia de este absurdo en que vivimos, pero no hay ianera ya. ¡No hay manera! ¡Llevar animosos las con-ariedades grandes y pelearnos por la menudencia, la ıfinita pequeñez, risible en el fondo, de estas dificulıdes insignificantes!

GUILLERMO.—Apreciaciones distintas.

OCTAVIA.—No, no. Idénticas. Reconozco que fuí yo equivocada llamándole sacrificio a renunciar a lo

muy grande y de una vez para todas. ¡Equivocada completamente! El verdadero sacrificio es el de renunciar a algo todos los días y cada día.

Guillermo.—¿Quién lo duda?

Octavia.—Hasta ahora, yo; desde ahora, ni yo. Y puesto que nosotros no escapamos a la regla general de que lo pequeño sea lo más trascedental de nuestra vida, vamos a empequeñecernos para ver de agrandarnos.

Guillermo.—¿Qué quieres decir?

Octavia.—Muy sencillo. Tenemos lo primordial: un gran amor. Pues a conservarlo. ¿Qué nos falta para ser felices del todo? Lo accidental, lo superfluo de unas comodidades o de unas vanidades más. ¡Pues a buscarlas!

Guillermo.—Ya las busco... ¡y no las encuentro

Octavia.—Pues a buscarlas yo también.

Guillermo.—¿Tú?

Octavia. *(Con sencillez.)*—Naturalmente. ¿No somos dos a disfrutar? Dos a ganar.

Guillermo.—¿Estás loca?

Octavia.—Otras muchas lo hacen.

Guillermo.—En cierta clase.

Octavia.—¿Y estás seguro de que nosotros seamos de otra clase? Yo, no.

Guillermo.—¿Habrá que recordarte que tu nombre te obliga a muchos respetos?

Octavia.—A muchísimos. Pero acondicionarlos adaptarlos a la época actual, que ya no levanta castillos, sino almacenes, y en lugar de poner en mis tarjetones: "La marquesa de los Carballos tiene el honor de invitar a usted y familia a tomar el té el viernes ocho...", poner ahora: "La marquesa de los Carballos

ene el honor de invitar a usted y familia a que visi-
:n su exposición de modelos de París."

GUILLERMO.—Deliras.

OCTAVIA.—"Dernier cri de modes et fourrures". En
:ancés lo pagan más... y creyendo que pagan menos.

GUILLERMO.—¡Habría que oír a los tuyos!

OCTAVIA.—¿Los míos? La tía Presentación acaba-
i proporcionándome la clientela de sus muchas amis-
ıdes; el tío Eugenio vendrá a ver las maniquíes, que
o procuraré que sean guapas, por el negocio... y por
l tío Eugenio; y las primitas me pedirán que les re-
aje las facturas. ¡Todos encantados!

GUILLERMO.—¿Y si no fuera eso?

OCTAVIA.—Tendría una pena grandísima, pero sin
lterar mis propósitos.

GUILLERMO.—Que se reducen a una tienda.

OCTAVIA.—No iba a proyectar un ferrocarril... ¡ni
ada! Que por desgracia, para no valerme de nada me
ducaron.

GUILLERMO.—¿No te asustaría ese paso?

OCTAVIA.—¿Por quién el susto? ¿Por mí? ¿Por
uestras amistades? Para lo que nos sirven, no será
ran pérdida el prescindir de unas cuantas. Aun an-
es, cuando la sociedad era un coto cerrado, se justifi-
aban ciertos repulgos; ¿pero hoy? Para ir al teatro
al hotel, que esa es ya casi toda la vida social mo-
erna, basta bien con los ochavos, que es lo único que
xigen a la entrada.

GUILLERMO.—Para estar, sí; para tratarte las se-
oras...

OCTAVIA.—Todas. Las que paguen puntuales, para
emostrarme en público su protección, y las que se ha-
en retrasadas, para que yo no las apure. ¡Como si lo

vieras ya! En el Ritz tendré corte..., y en la tienda más aún: corte y confección.

Guillermo.—Más vale echarlo a broma.

Octavia.—Sólo que no es broma.

Guillermo.—¿Pues qué ha de ser? Te he seguido la conversación porque de algo habíamos de hablar pero con un viso de seriedad, con uno, ¡ni hablarlo, Octavia, ni hablarlo!

Octavia.—Yo estoy decidida.

Guillermo.—Aunque lo estés.

Octavia.—Ahora me ofrecen un buen sueldo.

Guillermo. *(Riendo.)*—¿A sueldo tú?

Octavia.—Ocho mil pesetas y una participación en las ventas de mi departamento.

Guillermo.—Ni el doble, ni el triple, ni nada. Tú no vas a depender de nadie. Ya está dicho.

Octavia.—Hace dos meses que aguardan mi respuesta.

Guillermo.—Contestas que no, que esos negocios no son para nosotros.

Octavia.—Es una puerilidad el obstinarse en sostener que aun somos lo que no somos... ¡ni lo fuimos!

Guillermo.—¡Siempre!

Octavia.—Nunca. Tú y yo, nunca. El Gil de Henestrosa, duque de Clarinda y señor de Albar, con sus palacios señoriales y sus cuarenta mil duros de renta da bien la idea de un duque; pero los once primitos, dividiendo entre once... ¡ni para vivir hoy! ¿De qué van a darnos idea los pobrecitos? ¡De nada! Que los señores duques, en su numerosa descendencia, no han hecho duques, han hecho Giles nada más.

Guillermo.—¡La suprema razón del dinero!

Octavia.—La suprema. Sin el dinero no suena e

on. Y eso te digo para nosotros y por la misma cau-
a. Bien estamos de Condes de Mor y Marqueses de
os Carballos; pero tú verás como aun estamos me-
or de "Mor, Carballo y Compañía"...

GUILLERMO.—Tardaré en verlo; porque necesitas mi onsentimiento... y no lo doy.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—No lo doy.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—Y si lo haces a despecho mío, no te o perdono.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—No te lo perdono.

OCTAVIA. *(Cogiéndole.)*—Mírame. No, no, mírame bien. Y hablemos un minuto sin careta. ¿De veras legarán tus prejuicios a no reconocer ni aun la ventaja naterial de esta resolución?

GUILLERMO.—Las materiales, desde luego.

OCTAVIA.—Mírame bien, mírame. Y dime ahora: si contra tu voluntad, pero creyéndolo un deber mío, persistiera en ir..., ¿de veras me guardarías rencor toda la vida por no haberme resignado a ser perpetuamente una carga más, un mueble más en la casa, y porque tu mujer quiera ser para ti lo mismo que tú eres para ella: un amparo, un sostén y una esperanza?

GUILLERMO.—¿Cómo voy a pensar una villanía semejante?

OCTAVIA.—Pues eso es lo que deseo. ¡No es otra cosa, Guillermo de mi alma, no lo es! ¿Y tú me recriminas por eso?

GUILLERMO.—¡Por eso no!

OCTAVIA. *(Gozosa y amorosa.)*—¿Verdad que no? ¿Verdad que no te parece mal el que tu compañera de

satisfacciones aspire a ser también tu compañera de trabajos; es decir, realmente y en todo compañera?

GUILLERMO.—Y agradecerlo profundamente.

OCTAVIA.—¿De veras?

GUILLERMO.—Sí.

OCTAVIA.—¿De veras, de veras, muy de veras?

GUILLERMO.—Claro que muy de veras.

OCTAVIA.—Entonces eso no se contesta así.

GUILLERMO.—¿Pues cómo?

OCTAVIA. *(Abrazándole con ansia.)*—¡¡Así, así, así!

GUILLERMO.—¡Octavia!

OCTAVIA.—¡No sabes lo que supone eso para mí de alegría y de orgullo! Ser alguien, servir de algo, sostener yo también un poquitín la casa... ¡ay, qué alegría Dios!... ¿Telefoneo que acepto? ¿Me dejas? ¡Díme que me dejas! *(Pausa.)* ¡Guillermo!... ¡¡Guillermo! ¡No me obligues a ir rompiendo por todo!

GUILLERMO. *(Bajando la cabeza.)*—Telefonea.

OCTAVIA. *(Brincando de júbilo, mutis por derecha.)*—¡¡Ay, qué bien; ay, qué gusto; ay, qué contento!! *(Una breve pausa.)*

## ESCENA V

GUILLERMO. Por foro, ROBLAS.

ROBLAS.—¿Cómo va ese santo, Guillermo?

GUILLERMO. *(Que se ha quedado inmóvil y cabizbajo.)*—Regular...

ROBLAS.—Tus padres tuvieron la culpa. Es una torpeza inicial el acogerse a la advocación de patronos populacheros. En cambio, San Homobono, San Publio San Verano... ¿Quién conoces tú que se llame Verano?

GUILLERMO.—Nadie.

ROBLAS.—Pues cuando a un chico le enjaretan ese nombre, queda tan agradecido el santo, que consagra todas sus influencias a favorecerle.

GUILLERMO.—Es posible.

ROBLAS.—Y con una ventaja enorme sobre todos los demás; porque a San José, verbigracia, con la cantidad de recomendaciones que ha de hacer, es dificilísimo que le atiendan siempre; pero a San Verano, con un cliente sólo, ¿cómo le van a desairar?

GUILLERMO.—No es probable.

ROBLAS.—Y ahí tienes demostrado palpablemente que serías feliz por completo si tus señores padres hubieran tenido la humorada práctica de ponerte un nombre raro.

GUILLERMO.—Discurriendo de esa manera, tiene usted razón.

ROBLAS.—Pues me basta con una, que jamás he pretendido dos a un tiempo para nada: ni dos razones, ni dos paseos, ni dos comidas, ni dos mujeres. Una, una, y ya es bastante para uno.

GUILLERMO.—Estamos de acuerdo.

ROBLAS.—Lo esperaba de tu claro entendimiento. ¡Ah! Y felicidades. No adelantas gran cosa con que te feliciten; pero por mí que no quede sin cumplir la tradicional y majaderísima costumbre.

GUILLERMO.—Pues gracias...

## ESCENA VI

DICHOS. Por derecha, OCTAVIA.

OCTAVIA. *(Contentísima.)*—¡Ya está, Guillermo!

GUILLERMO. *(Secamente.)*—Bien.

Octavia. *(A Roblas.)*—¡Desde primero de mes ocuparé mi puesto!

Roblas.—¿Tu puesto?

Octavia.—En la Samaritana. ¡Magnífico, eh! *(Roblas mira a Guillermo.)*

Guillermo.—Sí.

Roblas. *(Sin gran entusiasmo.)*—Pues... magnífico.

Octavia.—¡¡Estoy más contenta y más envanecida!!

Guillermo.—Sí. Dispense un momento, Roblas. *(Mutis por izquierda.)*

## ESCENA VII

Octavia y Roblas.

Roblas.—No aparenta un entusiasmo delirante...

Octavia.—Es natural, porque ahora no ve más que el aspecto algo... algo depresivo para la vanidad, mientras que yo me alborozo pensando en que voy a ganar muchos miles y en que estaré de la mañana a la noche entretenidísima revolviendo preciosidades de trapos.

Roblas.—Mirado así...

Octavia.—Sólo me preocupan los domingos. ¿Qué va a ser de mí los domingos?

Roblas.—Lo de todos los empleados. Sufrir horriblemente porque no hay oficina.

Octavia.—De fijo.

Roblas.—Y enhorabuena, hija...

Octavia.—¿Por?

Roblas.—Por tu genio, por tu conformidad y por tu risa perpetua, que demuestra bien a las claras que anda por tu cuerpo entero regocijada y cascabelera.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Demostrar es.

ROBLAS.—No te lo critico, no; y si en mí estuviera el que no cesara jamás tu alegría ni el íntimo y arraigado motivo de tenerla, firmaba muy a gusto.

OCTAVIA.—Muchas gracias. ¿Pero usted qué sabe, ni estimadísimo señor de las Roblas?

ROBLAS.—Juzgo por lo de fuera, que lo de dentro no suele ser tan interesante en casi nadie.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Gracias también. Y así no tiene usted que discurrir mucho. ¿Ríe? Feliz. ¿Llora?

ROBLAS.—Ganas de manchar pañuelos.

OCTAVIA.—No siempre; que no son las lágrimas la ínica manera de llorar.

ROBLAS.—¿Y tú lloras riendo?

OCTAVIA.—A veces...

ROBLAS.—¡Fantástica! No te conocía en ese terreno.

OCTAVIA.—Por lo visto, en ninguno. ¿Por qué me upone usted de otro barro, diferente al de todos, para imaginarse que a mí no me duelen los desengaños · las humillaciones? ¿Cómo piensa usted que pude acoger yo la ruina de mi casa y el vivir en otra de limosna sino desesperada y avergonzada?

ROBLAS.—Eso va tan lejano...

OCTAVIA.—Pues de lo reciente. ¿Cómo puedo ir yo la servidumbre de una labor sin tregua y a jornal..., a jornal, Roblas!, más que sacrificándome por fuerza?

ROBLAS.—¡Parecía que ibas convencida!

OCTAVIA.—Eso es otra cosa. Convencida de que es ecesario, sí, convencidísima. ¿Pero contenta? ¿Cómo oy a ir contenta, señor de las Roblas?

ROBLAS.—Pues acéptalo si no hay otra salvación; pero sin reír, demonio!

OCTAVIA. *(Siempre dulcemente y sin entonar nun-*

*ca.)*—No, riendo. Porque si demostrara la menor amargura, no consentiría Guillermo que lo aceptara. Riendo, porque el verme risueña le da tanta seguridad, que él mismo se llega a persuadir de que eso es nuestra conveniencia. Y riendo, porque en las horas difíciles del matrimonio, la mujer que no da alientos al marido sólo por eso ya le desalienta.

ROBLAS.—Pues sigue. Yo no sería capaz de un esfuerzo tan prolongado. Verdad es que empiezo por no creer que haya algo que lo valga.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¿No?

ROBLAS.—Para el final mezquino de cuatro tablas dos metros de tierra y unos indecentes gusanos que nos roan, el afanarse mucho es la imbecilidad mayor de las infinitas imbecilidades que cometemos en este mundo.

OCTAVIA.—Bravatas.

ROBLAS.—Bueno.

OCTAVIA.—Bravatas, Roblas. Cuando le lleguen a la carne viva, usted será como todos: un pobre hombre que sufra y se desespere.

ROBLAS.—Materialmente, sí. Un golpe y ya está un dolor.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¿El corazón abroquelado?..

ROBLAS.—Abroquelado. No diré que insensible...

OCTAVIA. *(Cariñosa.)*—No lo diga, no; que bien sabemos todos cuánta fué la adoración por aquel hijo

ROBLAS.—Disculpable, ¿verdad? Era el único.

OCTAVIA.—Y con tan poca suerte...

ROBLAS.—Poca. Militar, fué a campaña... y murió en ella. El drama vulgar, menos para mí, de todas las guerras.

OCTAVIA.—El drama suyo no fué ése.

ROBLAS.—No hubo otro. Vigilando el traslado de unas cajas de municiones, se desplomó un rimero de ellas... y le aplastaron.

OCTAVIA.—Ese es el hecho.

ROBLAS.—Ese.

OCTAVIA.—Ahora entra el alma de usted.

ROBLAS.—Aplastada entonces también. No sorprendería mucho a nadie...

OCTAVIA.—No. Pero hay más. Antes de la desdicha era usted un hombre benévolo y afectuoso..., después cambió totalmente.

ROBLAS.—¿Y extrañó que cambiara?

OCTAVIA.—De alegre a triste, a profundamente serio, no, nada; pero a ser despreciador, agresivo, cínico más de una vez, sí, mucho. Esa no es la reacción natural de un sufrimiento; y entonces le buscamos otra causa.

ROBLAS.—No la hay.

OCTAVIA.—Y la encontramos.

ROBLAS. *(Riendo.)*—Imposible.

OCTAVIA.—Usted se habría conformado al fin, que es lo humano, con esa muerte, con la gran desventura de esa muerte; pero no pudo usted conformarse nunca con lo pequeño que hubo en ella.

ROBLAS.—¿Lo pequeño, dices?

OCTAVIA.—El modo de morir.

ROBLAS. *(Levantándose angustiado.)*—¿Qué dices, Octavia, qué dices?

OCTAVIA.—Lo que usted piensa. Una bala, una cuchillada, el casco de una bomba, la muerte tras de la gloria, o, sencillamente, cumpliendo su deber, sí, a eso se resigna uno. Pero la muerte absurda, inútil...

ROBLAS.—Eso. Inútil, inútil...

Octavia.—Sin provecho para la Patria, sin utilidad para nadie ni para nada, aplastado grotescamente como un sapo, cuando soñaría en triunfos o, al menos, en caer como un héroe en el combate arrollador... ¡Tiene usted razón, señor de las Roblas: a la pequeñez de esa tragedia no se puede resignar uno jamás!

Roblas.—Verdad, verdad; pero calla, por Dios.

Octavia.—Y como usted no sabe contra quién rebelarse ni a quién pedirle cuentas de tal amargura...

Roblas.—Verdad también, verdad; pero cállala, que por algo no me atrevo yo a decirla...

Octavia.—Aborrece usted todo y se revuelve airado contra el mundo entero. Como si en el mundo estuviera la culpa de los inútiles dolores que pasamos.

Roblas. *(Cogiéndola suplicante.)*—¡Calla, calla, que eso es lo inexplicable y es lo horrendo!

Octavia.—¿Lo ve, señor de las Roblas? El corazón abroquelado..., ¡y nada más que revivir su propia angustia, y ya es usted como todos: un vencido, un infeliz, un pobre hombre que reconoce a la fuerza su miseria!

Roblas.—Verdad, mil veces verdad; pero no la reconozco sino para mí mismo!

Octavia.—Basta, bien.

Roblas.—¡Para los demás, no!

Octavia.—Eso no importa. Y cuando digan de usted que es un escéptico, que no estima ni respeta nada, yo diré solamente que para llegar a despreciarlo todo es menester que antes nos hayan castigado mucho y despreciado mucho en lo que apreciábamos muy de veras.

Roblas.—¡A mí, no!

Octavia.—Y aunque usted siga con sus arrogancias

de labios afuera, yo le quiero a usted sinceramente y sólo por mirarle un poco de labios hacia adentro.

ROBLAS. *(Conmovido.)*—Puede que tengas tú razón y que por dentro yo no sea... *(Interrumpiéndose súbito.)* Alguien viene. ¡A lo de fuera sólo, a lo de fuera!

OCTAVIA.—Bueno. Volvamos a la indiferencia habitual.

ROBLAS.—¡Aprisa, aprisa...!

OCTAVIA.—Una burla ahora, señor de las Roblas.

ROBLAS. ¡Una risa ahora, Octavia! *(Octavia va sonriendo poco a poco, hasta adquirir su expresión risueña de costumbre.)*

ROBLAS.—¡Pronto, pronto...! ¡Que nadie vea esta debilidad de mi alma...! Y mejor aún, no ver yo a nadie, a nadie... *(Escapa por izquierda.)*

## ESCENA VIII

OCTAVIA. Por foro, el DUQUE DE CLARINDA.

DUQUE.—Risueña estás...

OCTAVIA.—Roblas, que me contaba unas picardías...

DUQUE.—No es inverosímil. ¡Este buen señor de las Roblas siempre el mismo de arriscado y de inconmovible!

OCTAVIA.—¡Siempre, siempre!

DUQUE.—¿Han venido las chicas? Ahora vendrá la madre con otra serie, que esto de movilizar grandes masas requiere cierta táctica.

OCTAVIA.—Experiencia no te faltará.

DUQUE.—¡No!

## ESCENA IX

DICHOS. Por foro, DOÑA JACOBITA y CHICHO PRADERAS.

CHICHO.—Aquí estamos los fieles devotos para demostrar que no se olvidan las fechas destacadas.

JACOBITA.—Nos encontramos dando los días en otra casa, y le traje en el auto.

CHICHO.—Ese honor merecí de la prima Jacobita.

JACOBITA.—Poco fué...

CHICHO.—¿Qué hay, Duque?

DUQUE.—Nada de particular.

JACOBITA.—¿Cómo andas, Octavia?

OCTAVIA.—Mediana solamente, que llevo una temporadita con una flojera y un cansancio...

JACOBITA.—¿Y mareos?

OCTAVIA.—A veces.

JACOBITA. *(Gozosa.)*—¡Por fin! *(Llevándola algo aparte.)* ¿Ya está, eh?

OCTAVIA.—¿El qué?

JACOBITA.—¡El heredero!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—No, mujer.

JACOBITA.—¡Qué lástima!

OCTAVIA.—Ya vendrá cuando Dios quiera.

JACOBITA.—Claro. Pero vas retrasando ya mucho tu obligación de velar por que no pase a rama indirecta vuestra ilustre genealogía.

OCTAVIA.—De momento me preocupa más la alcancía que la genealogía.

JACOBITA.—No hables tan de ligero en estos asuntos respetabilísimos.

OCTAVIA.—No hablaré. *(Yendo a él.)* ¿Qué hay por el mundo, Chicho?

CHICHO.—Tantas cosas, que ha llegado ya a no importarme ninguna.

OCTAVIA.—Así vivirás más tranquilo.

## ESCENA X

DICHOS. Por izquierda, ROBLAS y GUILLERMO.

JACOBITA.—Felices, Guillermo. *(A Roblas, saludándolo.)* ¿Y usted?...

ROBLAS.—Celebro verla, doña Jacobita. Me dijeron a otra tarde que había estado usted malucha; pero, afortunadamente, veo que no fué nada.

JACOBITA. *(Asombrada.)*—Nada, no señor.

ROBLAS.—Me alegro. *(Y sigue.)*

JACOBITA. *(Se queda un instante con la boca abierta de asombro y va rápida.)*—Octavia, ¿quién es ése?

OCTAVIA. *(Mira y sorprendida.)*—Roblas.

JACOBITA.—Te confundes. Este me dijo, finamente, una amabilidad. Por consecuencia, ¡no puede ser Roblas!

OCTAVIA.—Lo es, lo es... pero quizás cambiado.

DUQUE. *(Acercándose.)*—¿Es verdad lo que dice Guillermo de que vas a entrar en un Almacén?

JACOBITA.—¿En un almacén? ¡Jesús!

OCTAVIA.—Espero que me llevaréis vuestros conocimientos. Los serviré bien.

JACOBITA.—¡Pero es una indignidad, Octavia!

OCTAVIA.—¿Tanto, Jacoba?

JACOBITA.—¡Tú de tendera!

OCTAVIA.—Sube. Directora de Sección.

JACOBITA.—¿Y tú lo autorizas, Guillermo?

GUILLERMO.—Sí.

JACOBITA.—¡Esto no es posible! ¡Yo estoy soñando!

ROBLAS.—Una resolución muy discreta. Yo la ensalzo y la admiro.

JACOBITA.—A usted nadie le pregunta; pruebe a ver si acierta no contestando.

ROBLAS.—Lo que usted guste; pero, hablando o en silencio, mi respeto la acompaña.

OCTAVIA.—Alguien más te puede responder.

JACOBITA.—¿Chicho?

OCTAVIA.—Chicho, uno.

CHICHO. *(Encogiéndose de hombros.)*—¿Yo? Mi opinión, descontada. Que haces perfectamente decidiéndote a eso, a otra cosa cualquiera, y que tu marido, no oponiéndose, vive en la realidad.

JACOBITA.—En ti no me choca; que no podía esperarse otro parecer de quien se permite el desdén inverosímil de no usar los honrosísimos blasones que le pertenecen.

CHICHO.—No es desdén ni nada que se le parezca, sino, sencillamente, que no puedo pagar los derechos reales, que son unos miles de duros. ¿Entramparme por eso? No entra en mis cálculos tal desatino. ¿Pedirlos? Es muy problemático que los dieran; y, además, a mí se me ha ocurrido alguna vez que pudieran venir las circunstancias tan agobiadoras que me obligaran incluso a tender la mano, pidiendo una limosna para ayuda de un pedazo de pan; pero no se me ocurrió nunca que pueda tenderse la mano, diciendo: "caballero, una limosna para ayuda de un Título del Reino..."

ROBLAS.—Te diré, Chicho, te diré. Sería tan curioso y tan edificante que, si te resuelves a intentarlo, yo te

ometo pasar todos los días por donde te pongas para harte unos perros en la bandeja.

CHICHO.—Por ahora, no.

ROBLAS.—Cuando sea.

JACOBITA.—Veo que estamos en minoría, Duque, y lamente usted y yo reprobamos como se merece la scabellada idea de esta loca.

OCTAVIA. *(Dolorida.)*—¿Tú la repruebas, tío Eu-:nio?

DUQUE.—No.

OCTAVIA. *(Triunfante.)*—¡¡Ah!!

DUQUE.—Yo no.

JACOBITA.—Lo oigo, pero no acabo de explicármelo. l duque de Clarinda, el jefe de la casa de los Malbar, s Monteros y los Núñez Diego... ¿patrocina esta hu-illación? No cabe duda: el mundo ha cambiado.

DUQUE.—Con todos sus cambios, que son evidentes, › hay sin embargo quien me aventaje, ni tal vez quien e iguale, en la veneración por los prestigios de mi naje. Pero esto es mientras el rango pueda sostener- con el decoro imprescindible.

JACOBITA.—¡Clarinda!

DUQUE.—Más allá no voy. No me obceco en ir más lá. Mi padre pudo inculcarme todos los orgullos, por-ıe yo era el único hijo a sucederle; pero yo a los míos › es lícito que les hable ya en igual tono, que no de-ndo once fortunas no me creo autorizado para infun-rles once orgullos ilusorios.

JACOBITA.—¡Por su culpa de usted!

DUQUE.—Por la fatalidad. Al principio, mi mujer y › nos desconsolábamos comprendiendo que la casa se a al suelo; pero ya al ocho, al nueve, nos resignamos efinitivamente, y cuando me anunció el undécimo ven-

turoso estado, le dije sólo: mira, Presentación, tú verás por ti lo que te conviene, pero por la casa ducal no te preocupes ya, aunque sean gemelos todos los años.

JACOBITA.—Pues todos le censuran a usted la exuberancia familiar.

DUQUE.—¿Todos?

JACOBITA.—Todos, sin exceptuar a la pobre mujer que no ha sido discreto en usted el equivocarse de esa manera tan abominable, confundiendo el crear una familia con la repoblación forestal... ¡que son cosas distintas, señor Duque!

DUQUE.—Lo son, sí; pero el daño no tiene arreglo ya; y si a mí no se me oculta que los míos tendrán que buscarse la vida o descender en ella tremendamente... ¿con qué razón le aconsejaré a María Octavia que desista o que titubee siquiera?

OCTAVIA.—¿Lo ves, Jacoba?

JACOBITA.—No, no lo veo. Y, además, no me da gana de verlo.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Eso es más convincente.

CHICHO.—Para tranquilidad de tu espíritu te voy a mandar una listita de Grandes Duques y Grandes Duquesas que han descendido algo más.

JACOBITA.—Guárdatela. ¿Tendrás sitio, verdad?

CHICHO.—Supongo...

JACOBITA.—Pues ahí te la guardas.

CHICHO. *(Encogiéndose de hombros.)*—Bueno.

JACOBITA.—Esas historias son muy sabidas, y cuando se trata de hambre a nadie extraña un remedio extremo; pero solamente por el capricho de proporcionarse unas diversiones pisotear un apellido ilustre, no, eso no hay persona sensata que lo apruebe.

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Cualquiera diría que íbamos cometer una infamia.

JACOBITA.—¿Y no lo es? Que tu marido acceda... tá explicado por su propia conveniencia.

GUILLERMO.—¡A mí déjeme usted quieto, doña Jabita!

CHICHO.—No, no. Es muy equitativo que lleves algo mbién en esta rociada universal.

JACOBITA.—Que el señor de las Roblas lo encuentre en aun se justifica mejor, porque alaba siempre lo que enos lo merece.

ROBLAS.—Ahora, no. Alabo lo que es muy digno de abanza.

JACOBITA.—Que un Chicho Praderas opine... ¡bue-), vaya con Dios la opinión de ése!

CHICHO. *(Encogiéndose de hombros.)*—Vaya... ¡y :acias!

JACOBITA.—Pero que el duque de Clarinda no tenga ıa palabra de protesta, es inconcebible y bochornoso.

DUQUE.—¡Jacoba!

JACOBITA.—¡Bochornoso! Y si ustedes lo admiten ›mplacidos, ¡peor para ustedes! Yo no puedo tolerar, ı con mi presencia, que por la codicia de cuatro cuar›s se dejen hundir los principios más respetables de la ›ciedad. ¡Yo, no! ¡Buenas tardes! *(Marcha.)*

DUQUE. *(Deteniéndola.)*—¡No, no!

JACOBITA.—¡Pues malas tardes!

DUQUE.—Usted me va a permitir...

JACOBITA.—Yo, no.

DUQUE.—Una observación...

JACOBITA.—¡Yo, no!

DUQUE.—¡Que necesito decirla, caramba!

JACOBITA.—Y a mí se me ha puesto ahora entre ceja y ceja el no escucharle, ¡caramba!

DUQUE.—Señora...

JACOBITA.—Conque usted sabrá a quién se la dice que a mí no es. ¡Buenas tardes! *(Mutis.)*

DUQUE.—¡Pero, señora...!

CHICHO.—¡Jacobita...!

ROBLAS.—¡Doña Jacoba! *(Mutis los tres, queriendo convencerla.)*

## ESCENA X

OCTAVIA.—Que el tío Eugenio, a quien los siglos no le recuerdan más que Ducados y Grandezas, se conforme resignadamente, y que una doña Jacobita, que aun respira terrones, se nos enfurezca, es un poco bufo.

GUILLERMO.—No era la llamada a indignarse; pero es muy sensible que los llamados enmudecieran.

OCTAVIA.—Piensas como ella?

GUILLERMO.—Como ella y más aún que ella.

OCTAVIA.—¿Te arrepentiste ya de ceder a mis súplicas?

GUILLERMO.—No. He comprendido que irías, aun contra mi voluntad, y no quiero añadir el escándalo. Me basta con la vergüenza.

OCTAVIA.—Me duele oírte... y si no se jugara tanto, desistiría; pero no puede ser, Guillermo, no puede ser. Y si con mi determinación se roza alguna soberbia de casta, ¡que se roce!; y si el árbol genealógico se tambalea, ¡que se tambalee! Pero que no le eche la culpa nadie, que suyo, y nada más que suyo, es el gran error de haber dejado muchas hojas en las ramas y no dejar savia ninguna en las raíces.

GUILLERMO. *(Sarcástico.)*—Eso es, eso. Para proceder como lo haces, es lógico que pienses como lo dices.

OCTAVIA.—¿Y de qué otro modo voy a discurrir? Bien están todos los respetos, bien; pero al lado nuestro y no delante impidiéndonos el paso.

GUILLERMO.—Eso es, eso...

OCTAVIA.—Eso, aunque tú lo digas sin creerlo; que cuando se tropieza, como nosotros, con las pequeñas dificultades de la vida, no hay otro camino para resolverlas que buscando, acatando y reverenciando lo pequeño. Y sin fantasías, Guillermo, sin fantasías, que no conducen a nada práctico, y a estas fechas no es más que buen sentido el reconocer que hoy ya las Cruzadas no se hacen a Tierra Santa, sino a tierra fértil.

GUILLERMO.—¡Octavia!

OCTAVIA.—Era más hermoso lo de antes. ¡Sin discusión! Pero si hoy no pretendes redimir cautivos ni rescatar sagrados lugares... *(Con asco.)* sino pagar al sastre, pagar al mueblista, pagar al carbonero..., es tan necesario, pero tan mezquino ese propósito, que si pusieras en ello algo de corazón, no era el negocio el que subía, sino el corazón el que bajaba.

GUILLERMO.—Eso, claro.

OCTAVIA.—Pues lo nuestro no es otra cosa. No mezcles la sangre azul con la tinta de las facturas.

GUILLERMO.—Bien está. Pero con razón o sin ella, a mí, por mis ideas, por mis costumbres, por mi carrera, ¡por todo!, me mortifica horriblemente que lo hagas. Si vas...

OCTAVIA.—Voy.

GUILLERMO.—Si vas, no me opongo con ninguna forma de violencia: ni material, ni moral, ni legal, nin-

guna; pero en lo íntimo de mi alma conservaré siempre—¿lo oyes?, siempre—la herida que me causas.

OCTAVIA. *(Echándose a él.)*—¡Guillermo de mi vida!

GUILLERMO.—¿Es que desistes, verdad...?

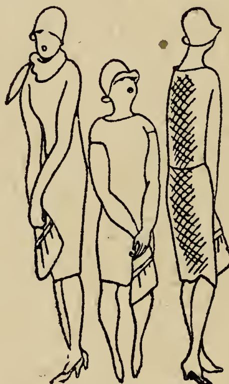
OCTAVIA.—¡¡No puedo, no puedo!!

GUILLERMO.—Entonces, te digo como tú a mí: no mezcles el amor con el negocio de tu almacén.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—¡No lo mezcles! *(Y mutis.)*

TELON





# ACTO TERCERO

Una tienda de objetos de fantasía, con el escaparate tapado por cortinas en barra a media altura. No hay mostrador, sino dos mesitas con tablero de cristal. Alguna vitrina. Muy coquetona y alegre, la tienda es casi una habitación particular por el gusto y colocación de los objetos. Un par de silloncitos, uno al lado de una mesa con una lámpara artística y su gran pantalla roja. La bombilla, roja también. Donde convenga, el rótulo de la tienda: "Mari'O." Enero, por la tarde.

## ESCENA PRIMERA

FILOMENA y UN SEÑOR.

FILOMENA. *(Acabando de envolver un paquete.)*—¿Se lo enviamos?

SEÑOR.—Me lo llevo.

FILOMENA.—Bien.

SEÑOR.—¿Treinta y dos cuarenta?

Filomena.—Sí, señor. *(Viendo que rebusca.)* No moleste por los céntimos.

Señor.—Un cupro.

Filomena.—Es igual. Basta.

Señor.—Puede que sea bueno. No porque yo l distinga, sino porque dicen que los hay buenos tambié

Filomena.—Lo dicen, sí, señor.

Señor.—Buenas tardes.

Filomena.—Y muchas gracias.

Señor. *(Extrañado.)*—¿Muchas gracias?

Filomena.—Es una costumbre de la casa.

Señor.—No lo es de todas...

Filomena.—Los demás sabrán. Nosotros lo creem un deber.

Señor.—Quizás. Adiós, señorita. *(Mutis.)*

Filomena.—Adiós, señor.

## ESCENA II

Filomena. Totora, por la puerta pequeña de izquierda.

Totora.—¿Y Octavia?

Filomena.—Terminando de anotar las ventas d ayer.

Totora.—¿Cómo va?

Filomena.—Admirablemente. Nada de millone porque el negocio en sí no se presta para eso; per muy bien.

Totora.—Fué un gran acierto el poner su tiendeci ta y no la primera idea que tuvo, de aceptar lo del al macén e irse a depender de otra persona.

Filomena.—Ni comparación.

Totora.—Lo que le decíamos todos: es un bue

sueldo, sí, pero te lo ofrecen porque cotizan tu nombre y tus amistades. ¡No seas boba y aprovéchalo tú misma!

FILOMENA.—Así ocurre. De diez que entran, ocho la tutean.

TOTORA.—¡Claro! A propósito, Filo, ¿vinieron hoy con una tarjeta de mamá?

FILOMENA.—Y marcharon muy complacidas.

TOTORA.—¿Rebajaríais?

FILOMENA.—Naturalmente. Ya les advertimos que con las recomendadas de la señora Duquesa teníamos siempre una consideración especial, y se les rebajó el diez por ciento.

TOTORA.—Muy bien.

FILOMENA.—Sólo que antes lo había subido.

TOTORA.—Tampoco está mal.

FILOMENA.—Para la casa resulta lo mismo, y las señoras se van mucho más satisfechas.

TOTORA.—Que es lo esencial.

## ESCENA III

DICHAS. Por derecha. OCTAVIA.

OCTAVIA.—Buenas, Totora.

TOTORA.—Está mamá aquí, en La Palma, comprando cintajos, y aprovecho un minuto para verte.

OCTAVIA.—Te lo agradezco.

TOTORA.—Me dice Filo que vas muy para arriba.

OCTAVIA.—Para arriba... ¡y más contenta! Con un poquito de suerte, concluyo este invierno de pagar mi trampa.

TOTORA. *(Riendo.)*—El acreedor no te apuró mucho...

Octavia.—Nada. Claro que yo he cumplido religiosamente lo pactado. Estos dos últimos años ¡coser y cantar! Los dos primeros, ¡a duras penas! ¿Pero apurarme? No había cuidado, no, que ese buen señor de las Roblas dice horrores y no hace más que bondades. En cambio si le hablan de la bondad suya, se nos incomoda.

Totora.—Manías.

Octavia.—Su mayor satisfacción sería pasar por un ogro, sin dejar de ser un bendito.

Totora.—Además, contigo no peligraban sus cuartos, porque Guillermo firmó también.

Octavia.—También. Sin la garantía suya, no hubiera yo aceptado. *(Riendo.)* ¡Buenos nos puso Roblas de mamarrachos y de estrafalarios por obligarle a tomar el dichoso recibito!

Totora.—Con algo de razón.

Octavia.—Pero yo no dejé de tenerla exigiéndolo.

Totora.—Hiciste perfectamente. Era lo más digno para ti.

Octavia.—Eso he pensado. ¿Y vosotras, cómo andáis?

Totora.—Papá, con su reuma; Pacecita e Irene, con la gripe; Eduardo, con una calenturilla; Carlitos, con un flemón... *(Deteniéndose, cuenta por los dedos.)* Eso es. Cinco. Los demás muy bien.

Octavia.—¿Y tus asuntitos?

Totora.—Igual. A ratos, conforme, y a ratos, desorientada. Tú eres la que más me desconciertas.

Octavia.—¿Yo?

Totora.—Te veo que avanzas prósperamente, animosa, resuelta... y me digo: ese es el camino, ¡trabajar! Pero veo que se borró y que no ha vuelto a brillar

jamás aquella alegre intimidad que había entre Guillermo y tú... y me digo: ¿a costa de qué se va por este camino?

Octavia.—De algún sacrificio. Eso no tiene duda.

Totora.—Tus amistades se portaron muy bien.

Octavia. — Admirablemente. Pero ahí mismo... ¡cuántas humillaciones! Más de una con quien creí poder contar no acudió. Y amigas hubo que, viniendo por eso, por amigas, me trataron con tal frialdad y marcando tanto la distancia que hay ahora entre ellas y yo, que me decían bien expresivamente que ya no éramos amigas.

Totora.—Ponlo en el saco de los olvidos.

Octavia.—Ya irán..., pero me dolieron mucho. Y aunque las recibí cariñosas, llamándolas al entrar: ¡Rosario..., Laura..., Antonia...! Al salir, y marcando la distancia yo también, les dije únicamente...: Adiós, señora...

Totora.—Eso había que descontarlo...

Octavia.—Y otros muchos arañazos a los que no puedo habituarme, aunque sean muy frecuentes, e inevitables en donde entra quien se le antoja: las personas comineras, que todo lo revuelven y lo menosprecian; las groserías de otros... y las insolencias de muchos, que creen que en la tienda se vende también la tendera.

Totora.—Ahí está, ahí. El que nace en una atmósfera y sigue en ella... ¡perfectamente! El que nace en una y se desvía para otra... ¿qué? Aun suponiendo que se amolde por completo..., ¿se amoldarán los demás?

Octavia.—A la fuerza.

Totora.—Así es como acepta Guillermo. Pero ahí

está mi gran vacilación. Si yo puedo imponerme a l fuerza un día... ¿no vendrá otro día en que a la fuer za se me impongan a mí?

OCTAVIA.—Para eso tienes la voluntad firme.

TOTORA.—¿Tú sola? ¿Los otros no tienen voluntad

OCTAVIA. *(Riendo.)*—También.

TOTORA.—Y entonces, ¿qué sucede? ¿Chocáis ¿Rompéis? El miedo mío es a romperme yo, que siem pre llevará las de ganar quien pelee teniendo a su fa vor nuestras ideas, nuestros gustos y la inclinación na tural a todo lo que fué desde la cuna nuestro prime modo de pensar.

OCTAVIA.—Las ideas se cambian, Totorita.

TOTORA.—Dicen que no. Se adormecen, se tapan, s ocultan... pero dentro quedan.

OCTAVIA.—Anda, anda, no hagas esperar a tu ma dre.

TOTORA.—No es una gran respuesta para convencer me... pero es muy parecida a la que suelen darme siem pre que planteo esta cuestión ¡que tanto me interesa "Déjalo hoy... mañana lo hablaremos... vete un rati to al "golf", monina..." ¡Como si cuando se habla d la vida, del porvenir, de nuestras más graves cavila ciones, fuera ir a alguna parte el ir al "golf"! *(Enco giéndose de hombros.)* ¡Bueno! Adiós, tú. Adiós, Filo *(Mutis.)*

OCTAVIA.—Pide lo imposible: que le digamos cóm se acierta...

FILOMENA. *(Que se ha sentado a leer, levantándose.)* ¿Y quién lo sabe jamás? Yo he comprado esta novel para distraerme. ¡No acerté! Pero el librero la ha ver dido. ¡Ese acertó! Ahora, con su permiso, voy a con

rar otra. ¿Acertaré? ¿No acertaré? Ese es el problema. *(Mutis.)*

Octavia. *(Riendo.)*—Exactamente.

## ESCENA IV

Octavia y Espinosa.

Espinosa.—Perdone usted, señora. Estuve aguarando para entrar cuando molestara menos, pero no é si ahora molestaré más...

Octavia.—Nada.

Espinosa.—Soy Espinosa. El de la carta pidiéndole ora...

Octavia.—¡Ah, sí!

Espinosa.—Gualberto Espinosa, pintor, escultor y ecretario de los Jóvenes Rebeldes, una Asociación en ue proclamamos vigorosamente el derecho indiscutile de la juventud para abrirse paso a través de cuano sea menester.

Octavia.—Muy bien. ¿Pero entonces cómo no entró quí más decidido?

Espinosa.—No me atreví...

Octavia. *(Riendo.)*—¡Hace usted un buen rebelde!

Espinosa.—No lo aparento... ¡Pero si me viera used en el Olimpo!

Octavia.—¿En?

Espinosa.—El café donde nos reunimos.

Octavia.—¡Ah...!

Espinosa.—Allí encajan perfectamente las audaias; pero si me las permitiera en donde no piensen omo yo, temo encontrarme desplazado y exponerme

a que me contesten, sin réplica posible: muy bien, sí; pero al Olimpo con eso, ¡al Olimpo!

OCTAVIA.—Inverosímil no sería.

ESPINOSA.—Sobre todo viniendo a pedir favor. Ya he ido a varios sitios explicando la verdadera doctrina, la de que no hay tal favor en concederlo, sino que es una obligación de los poderosos el atender a quien de momento le necesita... Pero unos me echaron con cajas destempladas, otros se me rieron en mi propia cara, y sólo hubo uno, cariñosísimo, que me dijo dándome una palmadita: ¡temprano empieza usted a ser tonto, Espinosa!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Usted se lo buscó.

ESPINOSA.—Y, además, me lo encontré. Veo que no hay otra solución que doblegarse a las súplicas, y prefiero mil veces suplicarle a una mujer. Quizás no consiga nada tampoco...

OCTAVIA.—¡No se desanime antes de intentarlo, hombre!

ESPINOSA.—¡Es que usted no sabe lo que son tres años de privaciones materiales y de sufrir además en el amor propio de artista despreciado! Creer—¡soñar por lo menos!—que uno es alguien, y que la gente, no comprándole ni un cuadro, ni uno, le diga tan a las claras: "¡Te equivocas, no eres nadie!" ¡No sabe usted lo que es, señora!

OCTAVIA.—¿Y por qué no lo he de saber? ¿Por qué no habré pasado, como cada hijo de vecino, mis decepciones y mis amarguras?

ESPINOSA.—¿A usted también la hicieron sufrir?

OCTAVIA.—Un poco...

ESPINOSA.—¡Ay, lo que me alegro!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¡Muchas gracias!

ESPINOSA.—Es porque pienso: ¿ha sufrido? ¡No se urlará si le hablo yo de sufrimientos!

OCTAVIA.—No me burlaré, no. Ande, vamos a ver n qué puedo servirle.

ESPINOSA.—Desearía exponer aquí unas tablitas. Baratas, eh, baratas! La que más, treinta duros.

OCTAVIA.—Bueno.

ESPINOSA. *(Emocionado.)*—Bueno... ¿quiere decir ue sí?

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¡Claro!

ESPINOSA.—Dispénseme la simpleza... ¡me dijeron ue no tantas veces, que me cuesta mucho el admitir ue tan pronto sea que sí!

OCTAVIA. *(Cariñosa.)*—Tráigalas.

ESPINOSA.—¿Y de comisión para usted...?

OCTAVIA.—Ninguna.

ESPINOSA. *(Asombrado.)*—¿Ninguna?

OCTAVIA.—Quebranto las buenas máximas comeriales, pero no está mi negocio en esto, y por una vez o significa nada. Si acaso, ya lo hablaremos cuando raiga otras, después de que éstas se vendan.

ESPINOSA.—Pero además, ¿se van a vender?

OCTAVIA.—¿Para qué las trae si no?

ESPINOSA.—Sí, señora, sí. Quise preguntar: ¿pero sted cree que las comprarán?

OCTAVIA.—No tiene usted mucha confianza en sí nismo...

ESPINOSA.—¡Mucha! Sólo que tan castigado, que ice usted bien, ya tengo poca.

OCTAVIA.—Pues ahora confíe, que yo me encargo e enseñarlas... y de explicarlas si son cubistas o fuuristas.

ESPINOSA.—¡No, no! Traiciono mis precedentes,

pero esta vez he pintado unos árboles que son árboles, y hasta un corderito, que me dicen todos que realmente parece un corderito.

Octavia.—Siendo así, los despachamos en seguida.

Espinosa.—¿No me engaña...?

Octavia.—No sea chiquillo. Ya verá cómo triunfa y cómo gana muchísimo.

Espinosa.—¡Ay, señora, no sabe usted lo que vale una palabra de aliento!

Octavia. *(Riendo.)*—No, yo no sé nada. Nací ayer y me encuentro ya hoy talludita y con todo resuelto.

Espinosa. *(Entusiasmado.)*—¡Si ahora cogiera los pinceles, estoy seguro de que haría algo muy hermoso!

Octavia.—Y lo hará.

Espinosa. *(Convencido.)*—Sí, señora. ¡Le doy a usted mi palabra! Lo que yo necesitaba únicamente es que alguien me alentara.

Octavia.—Como todos...

Espinosa.—Y quitando el Olimpo, en donde cada noche me dicen que soy un artista genial—bueno, lo mismo que yo digo de ellos...—, nadie cree en mí.

Octavia.—¿Ni la novia?

Espinosa. *(Despreciativo.)*—¿Novia? Las mujeres no están nunca al nivel de un ideal, y cuando no lo destruyen, descorazonan, deprimen, enervan... ¡eso ya lo sé!

Octavia. *(Riendo.)*—¿Muy sabido?

Espinosa.—Es decir, me lo figuro...

Octavia.—No lo jure, que no hace falta. Y esta misma incongruencia de la conversación de usted, unas veces crédulo y aniñado—lo que es—, y otras farfantón y escéptico—lo que le incitan a que sea—, demues-

an bien que todos sus odios y sus admiraciones son
oídas, de referencia... ¡de café!

ESPINOSA.—Fuera de allí no trato a nadie...

OCTAVIA.—Ya se ve, ya. Y lo que tiene que hacer es recisamente lo contrario de lo que hace: vivir en el iundo, que es donde se aprende a vivir, y buscarse una iujercita honrada y cariñosa. Hay muchas que fortacen el ánimo de los hombres, y usted verá qué pronto disipa ella esos pensamientos equivocados.

ESPINOSA.—¿Para qué buscar si he tenido ya la ıerte inmensa de encontrarla en usted?

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¿En mí? ¡Qué súbito le dan usted las pasiones!

ESPINOSA.—¿No puede ser con usted?

OCTAVIA.—No, hombre, no.

ESPINOSA.—¡Qué lástima! Mi primer amor ¡e imosible! Para usted es inexplicable este arrebato; ¡para ıí es tan natural...! No quise a nadie, nadie me quio, no sabía ni lo que era una conversación afectuosa on una mujer... ¡Y la primera que tengo me conmuee, me fascina!

OCTAVIA. *(Riñendo dulcemente.)*—Espinosa...

ESPINOSA.—No se enfade usted como mujer, que mi doración no es porque usted me guste... ¡es porque ie trató bien! Y no es tampoco que brote en mí de reente; de repente lo que hace es salir cuanto llevo en ıí de ternura no correspondida, que sólo aguardaba na palabra cariñosa para desbordarse. A mi afán de ue alguien me quiera, y sobre todo de querer yo a aluien, le pasa lo que al perro sin dueño y hambriento: on el primero que le acaricia, ya se figura que aquel s el amo y ya le sigue dócilmente.

OCTAVIA. *(Dándole la mano.)*—Nada de adoracio-

nes, que para eso no hay motivo. Buenos amig
¿Quiere?

Espinosa.—Lo que usted mande, sí, señora. Y ag decidísimo. Un buen amigo de usted... pero me q da por dentro un ansia de amor tan grande, tan inn diata, que ahora, por la calle, en cuanto vea una sil ta de mujer, cierro los ojos.

Octavia.—¡Al revés!

Espinosa.—No, no. Sé que voy a enamorarme camente, irremediablemente, de la primera mujer q me encuentre... ¡y no haga el diablo que la prime sea fea o sea vieja!

Octavia. *(Riendo.)*—Espinosa...

Espinosa.—Dispense... ¡pero hasta casa, ya con ojos cerrados! *(Mutis.)*

## ESCENA V

Octavia y Filomena.

Filomena.—Charlaban de firme, doña Octavia.

Octavia.—Un muchacho, que ni me conocía... creo de veras que ya me estima profundamente.

Filomena.—¿Le hizo algún favor?

Octavia.—Pero insignificante. ¡Por qué cosas t ínfimas vienen después las cosas grandes!

Filomena.—Es verdad. Van a ser las ocho...

Octavia.—Puedes ir cerrando, sí. Y prepara notas de hoy.

Filomena.—Bueno. *(Cierra, apaga alguna luz mrtis.)*

OCTAVIA y JACOBITA.

OCTAVIA.—¡Hay que repicar gordo cuando vienes!

JACOBITA.—No por eso dejo de quererte.

OCTAVIA. *(Abrazándola.)*—Convencidísima, Jacoba.

JACOBITA.—El que nos hayas causado esos disgustos tan grandes no es para negarte nuestro cariño. Al contrario, es para compadecerte.

OCTAVIA.—Bien hecho. Compadéceme y siéntate.

JACOBITA.—Ríete, sí; pero la verdad es que cuido más que tú misma de lo que a ti se refiere; porque el afecto contigo, y con los Clarindas, y con todos vosotros, no me permite oír indiferente nada que os pueda perjudicar.

OCTAVIA.—Ni dudarlo.

JACOBITA.—¿Y no sería un dolor que por una inadvertencia tuya—¡de fijo una inadvertencia!—se retrajeran de acudir a tu casa las señoras que tanto te favorecieron siempre?

OCTAVIA.—Evidente.

JACOBITA.—Hoy, en la Junta de Damas... ¡Me obligaron a ser de la Junta! Yo me resistía, pero la Duquesa del Val me dijo: ¡Es usted indispensable, Jacobita! ¿Cómo desairar a la Duquesa llamándome indispensable!

OCTAVIA.—De ninguna manera.

JACOBITA.—Hoy no presidía ella. Vicepresidía la Toreba, la nuera del Marqués de Pin, casada con el Conde de Valleprieto.

OCTAVIA.—Deja los merengues, Jacobita.

JACOBITA.—¿Qué merengues?

OCTAVIA.—Duque, Conde, Marqués... Tú los títulos no los pronuncias: los saboreas.

JACOBITA.—Hablar de ellos con la debida consideración. ¡Nada más!

OCTAVIA.—No te enfurruñes. Y anda a tu historia.

JACOBITA.—Pues la historia es que allí te censuraban todas, y aunque yo me apresuré a salir en tu defensa, he querido prevenirte.

OCTAVIA.—Agradecida.

JACOBITA.—Y también comprobarlo por mí misma. No es que yo sea de las más timoratas, pero algo de razón tienen.

OCTAVIA.—¿En qué?

JACOBITA.—Resulta escandaloso, Octavia.

OCTAVIA.—¿Escandaloso?

JACOBITA.—Digamos la palabra: indecente. Las señoras no podemos mirar sin avergonzarnos.

OCTAVIA.—¿Pero adónde?

JACOBITA.—Al escaparate. Esas faldas tan cortas, esas piernas cruzadas tan provocativamente...

OCTAVIA.—¿La muñeca?

JACOBITA.—Sí. ¡Es un bochorno lo que se ve!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—¿Pero qué se puede ver en una muñeca?

JACOBITA.—Adivinar...

OCTAVIA.—Menos aún. ¿Más allá del vestido, quién va a imaginarse que haya sino trapos y pelote?

JACOBITA.—Desde luego...; pero el aire, la expresión, la postura desgarrada, sugiere..., ¿comprendes?, sugiere...

OCTAVIA.—Sí, sugiere...

JACOBITA.—Y eso, para la juventud, es tremendamente desmoralizador.

OCTAVIA.—Pues no hay más que retirarla.

JACOBITA.—Lo que yo les dije: Octavia es demasiado señora para insistir en un error.

OCTAVIA.—Acertaste.

JACOBITA.—Si te he de ser franca, yo la vi ya otras veces sin que me produjera ningún efecto; pero desde que me lo advirtieron, ¡le veo unas cosas! ¡¡Unas cosas!! ¡Retírala, Octavia!

OCTAVIA.—Dalo por hecho.

JACOBITA. *(Levantándose.)*—Y perdóname, ¿eh?

OCTAVIA.—Al contrario, más agradecida.

JACOBITA.—Estos detalles de corrección son tan delicados, que no se puede dejar pasar uno sin reprimirlo, porque en seguida se atrofia la sensibilidad y aceptamos hoy como natural lo que aun ayer nos repugnaba a nosotros mismos.

OCTAVIA.—A veces...

JACOBITA.—Ya ves lo que ocurre con tus primitas ¡las Clarindas! ¡¡Las Clarindas, Señor!!

OCTAVIA.—No sé que ocurra nada anómalo.

JACOBITA.—¡Claro! Con tu afán de independencia, toda insurrección está justificada. Y ellas, siguiendo tu mal ejemplo, también quieren hacer su santísima voluntad.

OCTAVIA.—¿En qué?

JACOBITA.—En casarse con uno cualquiera. ¡Las Clarindas! ¡Llamadas a ser tanto en este mundo!

OCTAVIA.—Ganas de hablar que tienes, Jacobita; que si las llamara alguien, ya te aseguro yo que respondían más que a escape.

JACOBITA.—¡Pues que aguarden!

OCTAVIA.—Esa es una opinión tuya, que la de ellas, por lo visto, es otra.

JACOBITA.—Y lo que es peor: ¡tan contentas, con nada! A Marucha le ha salido un Mediquín; a Pepa, un Abogadín, y a Lucrecia un ricacho, jerezano, ganadero..., un poco bastote, pero bien plantado y guapetón.

OCTAVIA.—¿Y eso está mal?

JACOBITA.—El caso es que le ha dicho, sin duda alabando sus buenas cualidades, que él no es de esos hombres que pegan todos los días a las mujeres.

OCTAVIA.—¡Sí que es alabarse!

JACOBITA.—Y la perspectiva de que la zurre la badana, aunque sea únicamente en las grandes solemnidades, Corpus, Semana Santa, Ferias y demás borracheras que guardar, trae indecisa a la pobre Lucrecia.

OCTAVIA.—¡A ver!

JACOBITA.—Yo le aconsejo que, si por fin se resuelve, ¡siquiera que aprenda boxeo para equilibrar algo la partida!

OCTAVIA.—Es una idea.

JACOBITA.—¡Y que a una Clarinda le pueda suceder esto! ¡Dios mío, Dios mío! Bueno, adiós. *(Marcha y se detiene, cogiendo una talla de madera.)* ¿Aún está aquí este feísimo?

OCTAVIA.—¡Y lo que estará! No hay forma de venderlo.

JACOBITA.—Otra demostración de que no debiste salir de tu esfera. Tú has nacido y te has criado en ambiente de gran señora, y eso serás siempre donde quiera que estés. En cambio, aunque ahora pases los días y los años vendiendo cachivaches, no serás nunca un buen comerciante, porque no lo llevas en tu naturaleza, y te faltará siempre el espíritu comercial.

OCTAVIA.—¿No lo tengo?

JACOBITA.—Ni por asomo. Y la prueba es el precio e le has marcado. ¿Cincuenta pesetas? ¡Márcale quientas!

OCTAVIA.—No se lo llevan en cincuenta...

JACOBITA.—Y tú verás cómo se lo llevan en quientas. ¡Si tuvieras espíritu comercial, sabrías que hay quien compre una cosa fea si es barata!

OCTAVIA. *(Riendo.)*—Bueno...

JACOBITA.—Dame un lápiz.

OCTAVIA.—Jacoba...

JACOBITA.—¡Dame un lápiz!

OCTAVIA.—Tómalo.

JACOBITA.—Un cerito más. ¡Quinientas! ¡Feísimo onigote, serás un descastado si no me agradeces el ıe te haya hecho objeto de arte!

OCTAVIA.—De arte, sí...

JACOBITA.—Ya que te has metido a negociar, aprene a vender.

OCTAVIA.—¡No tengo queja, no! Ya me ronda por imaginación el ampliar el local.

JACOBITA. *(Burlándose.)*—Mejor aún edificarlo de ueva planta, con cinco pisos, doscientos empleados, un ıspector general y tú Presidenta del Consejo de Adıinistración.

OCTAVIA.—¡Eso! Me gustaría mucho ser Presidenta.

JACOBITA.—No eres tú sola.

OCTAVIA.—No. Adiós, Jacoba.

JACOBITA.—Y aprende también a dar la mano. No os dedos solamente. ¡Jesús! Parece que saludas desontando ya por eso corretaje.

OCTAVIA.—¿Así?

JACOBITA.. *(Estrechándola con energía.)*—¡Así, muer, así! Y adiós. *(Mutis.)*

## ESCENA VII

Octavia y Filomena.

Octavia. *(Llamando.)* — Filomena... La muñec Ponle más ropa, quítale las piernas y que le pinten cara lo más candorosa que sea posible.

Filomena.—¡Va a quedar bien la pobre! No con prendo que usted se deje gobernar de ese modo.

Octavia—¿Qué remedio...?

Fiilomena.—Usted no es gazmoña. ¡Pues no hag usted caso de lo que sermoneen los reaccionarios, y vay usted en todo con los liberales!

Octavia.—En el comercio no puede ser, Filomena los liberales no compran.

Filomena.—¡Anda!

Octavia.—Mucha audacia, mucha exaltación d ideales, pero a la hora de aflojar el bolsillo... ¡objeto prácticos nada más! Son pocos los revolucionarios qu no se quedan extáticos ante una tienda de ultrama rinos.

Filomena.—Allá ellos.

Octavia.—Allá.

Filomena. *(Advirtiéndola.)*—Doña Octavia... *(: mutis.)*

## ESCENA VIII

Guillermo y Octavia.

Octavia.—¡Guillermo! *(Corriendo a abrazarle.)* ¡Ay qué alegría el verte aquí!

Guillermo.—Adivinas, ¿verdad?

Octavia.—¡¡Sí!!

Guillermo.—Cuando vengo adonde no quise venir nunca, es que me trae una gran noticia.

OCTAVIA.—¡Claro!

GUILLERMO.—Para nosotros, enorme.

OCTAVIA.—¡Habla, habla!

GUILLERMO.—Me nombraron Director técnico de la Papelera Canaria. Cinco años, prórroga si me conviene, seis mil duros y casa.

OCTAVIA.—¡Triunfaste! ¡¡No te lo dije yo siempre!!

GUILLERMO.—No es que no la haya buscado bien! pero suerte, sí... ¡inmensa! *(Contento.)* Y luego en la Gran Canaria, que es preciosa de ciudad, de campiña, de clima, ¡de todo!

OCTAVIA.—¡Preciosa!

GUILLERMO.—Ahora mismo hemos firmado el contrato.

OCTAVIA.—Bien guardaste el secreto...

GUILLERMO.—Por temor a que tampoco esto se lograra y quedar una vez más en ridículo.

OCTAVIO.—Conmigo no, que nunca me permití un comentario que pudiera sonarte a desconfianza y menos aún a burla.

GUILLERMO.—Ya te agradecí tu silencio, pero no por eso dejaba de comprender lo que pensarías, y cada vez que nuestros apuros se resolvían con tu trabajo y no con el mío, con tu dinero y no con el mío, era para mí una humillación insoportable y dolorosa.

OCTAVIA.—¿A qué viene ahora ese distingo entre dinero tuyo y dinero mío?

GUILLERMO.—Si se tratara de lo que tuvieras tú, no habría cuestión.

OCTAVIA.—¿De lo que tuviera cómo?

GUILLERMO.—De tu herencia, de tu dote, de lo personal tuyo.

OCTAVIA.—¿Eso sí?

GUILLERMO.—Naturalmente.

OCTAVIA.—De modo que siendo mío por el azar de que mis padres lo hubieran tenido; es decir, sin esfuerzo, sin mérito y sin razón casi por mi parte, que el derecho a las herencias se va considerando ya por el mundo como muy pequeñísimo derecho, tú no tendrías reparo ninguno para gastártelo. Y lo que es mío verdaderamente, ¡dos veces mío! ¡cien veces mío!, porque me lo gano, ¿no puedes admitir sin escrúpulo que sea nuestro?

GUILLERMO.—Aunque no lo quieras entender, va mucha diferencia de uno a otro.

OCTAVIA.—La diferencia enorme de que no hay que molestarse nada para heredar mucho y hay que sacrificarse mucho para ganar un poco.

GUILLERMO.—Tú misma das la justificación de mi repugnancia. No tolero que te sacrifiques, no es decoroso para un hombre el vivir del trabajo de una mujer.

OCTAVIA.—Comparado con vivir de sus rentas, claro que no.

GUILLERMO.—Si eso es una ironía, te la puedes guardar para otra ocasión, que en esta no te sirve; pues casándome contigo, he demostrado bien que no eran las rentas lo que me fascinaba. Y si hubiera querido evaluar mi posición social, mi nombre y mi título, no era un intento muy difícil, que si no falta quien los venda, no falta tampoco quien los compre.

OCTAVIA.—No quise decir nada de eso...

GUILLERMO.—Tú sabrás...; ¡pero contestas muy desabrida, Octavia!

OCTAVIA.—Tienes razón. ¡Perdóname!

GUILLERMO.—Y no merece ese tono quien no ha dejado nunca de adorarte.

OCTAVIA.—¡Como yo a ti!

GUILLERMO.—Quien trabaja por ti únicamente, y al grar un triunfo se olvida de todas las vejaciones que hicieron, recuerda sólo el cariño que nos une y acude ti lleno de ilusión.

OCTAVIA.—¡Como yo, como yo!

GUILLERMO.—Y trayendo ya en los labios las pala-ras más hermosas que puede decirle un hombre a una iujer: gano para mí, pero gano para los dos. ¿Com-rendes? Para los dos. Y desde ahora seré yo solo, comprendes? ¡yo solo el que sostenga nuestra casa!

OCTAVIA. *(Desalentada.)*—Tú solo...

GUILLERMO. *(Aspero ya.)*—¿No comprendes toda-ía? Pues lo diré más claro...: ¡¡Pero a ver si quiere demonio que yo no venga de amoroso, sino de bestia ada más!!

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—Vuelves a tu casa, vengo para llevar-e, se acabaron la tienda y la tendera, y este cerrar de oy es cerrar definitivo para ti.

OCTAVIA.—Imposible...

GUILLERMO.—Pues tú verás, que yo lo traigo muy isto y muy resuelto.

OCTAVIA.—Imposible. Si se tratara de un golpe de uerte que nos pusiera a cubierto de toda eventualidad, o vacilaría para seguirte; pero solamente por una co-ocación en la que mañana pueden prescindir de ti... ni pensarlo, Guillermo, ni pensarlo!

GUILLERMO.—Siempre lo peor y lo más mortifican-e: ¡Que no sirvo, que no valgo, que prescindirán...!

OCTAVIA.—No lo entiendas así, que no es eso. Con oda tu inteligencia y satisfechísima contigo, ¿no hay sociedades que se transforman? Esta se transformó;

los nuevos tienen sus compromisos personales... ¿Qu hacemos nosotros? ¿Volver a las privaciones? ¿Volve al comercio?

GUILLERMO.—Si ocurre, ya se resolverá entonces Pero hoy, ganándomelo yo, sería un deshonor y un indignidad el que te lo consintiera. Ya sé que hoy parece muy hermoso el que la mujer trabaje; pero hoy y por mucho tiempo todavía, les ha de parecer a lo hombres de verdad que es una vergüenza el que n sean ellos quienes pongan el máximum del esfuerzo.

OCTAVIA.—¿Pero por qué lo ha de ser?

GUILLERMO.—Sin discusiones, que esas ya concluyeron. Ahora es mi voluntad decidida. Si quieres, m sigues; si no quieres, te llevo.

OCTAVIA.—¿Llevarme?

GUILLERMO.—Exactamente. Por buenas o malas. Tú escogerás.

OCTAVIA.—Contra tu voluntad, si por desdicha s tuerce para mí hasta ese punto, ¿crees que no se alzar nadie?

GUILLERMO.—Tú.

OCTAVIA.—Además.

GUILLERMO.—¿Quién?

OCTAVIA.—La tienda. Mi fiel amiga la tienda. Tú no la conoces todavía. Tan pequeñita como parece... ¡y es enorme! Tan quieta, tan inmóvil... ¿verdad?, ¡y es todo fibra y todo nervio! Cada porcelana de estas cada muñeca, cada cacharrito..., tan inconsistentes, tan frágiles, tan nada ¿eh? Pues son gigantes y Hércules para defenderme, que cada uno de ellos y todos juntos me dicen a voces: ¡No pases miedo nunca, Octavia ¡nunca!, que mientras nos tengas a nosotros para ga-

arte el modo de vivir, no hay nadie en el mundo que e pueda ya truncar la vida!

Guillermo.—Los enseñaste a que hablaran con- ra mí.

Octavia.—Contra nadie, contra nadie... pero a fa- or mío. Y ahora que entreveo la posibilidad de que lgún día—y Dios sabe para qué...—pudieras impo- erme tus violencias, aunque lo que ha venido fuera la ortuna definitiva, te contestaría ya categóricamente: uando quieras, como quieras, lo que quieras... ¡pero demás mi tienda!

Guillermo.—Puedes decir de una vez tu gran ra- ón: que no te importo yo y que te importa menos aún l que por esta separación de todo el día no haya ho- ar posible para nosotros.

Octavia.—Es más hogar el reunirse unas horas, con- entos y tranquilos, que no el estar juntos todo el día on el ceño fruncido y el gesto malhumorado.

Guillermo.—Otra teoría encantadora; pero yo quie- o mi casa para mí, mi mujer para mí, y para los dos situación que nos corresponde.

Octavia.—¿No la tenemos...?

Guillermo.—¡No! Y como ahora puedo rescatar- ıe del oprobio en que vivía, ahora es menester que se esuelva.

Octavia.—¿Pero por qué, Guillermo, por qué? Si emos tenido el arranque de romper las trabas gran- es, las que parecían invencibles, ¿por qué ahora, con vida resuelta y el porvenir asegurado, vamos a des- uirlo torpemente porque una razón de vanidad lo xija? ¿No ves la desproporción que hay entre una ida, toda una vida, y un orgullo, nada más que la mi- eria de un orgullo?

GUILLERMO.—No es vanidad el sostener el puestc el rango en que se ha nacido.

OCTAVIA.—¿Será posible que tú no comprendas absurdo y hasta lo pueril de obligarme a tirar por suelos lo que me costó tanto levantar, y sólo por espantajos menuditos de unas preocupaciones más n nudas todavía?

GUILLERMO.—Basta de palabras. Ven, Octavia.

OCTAVIA.—¿Ir contigo? ¡Siempre! Pero si ahc quiere decir que es renunciar a esto... no, no voy.

GUILLERMO.—¿Cómo que no vienes?

OCTAVIA.—¡No!

GUILLERMO.—¡A rastras!

OCTAVIA.—Ni así.

GUILLERMO.—De eso me encargo yo.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—Ven.

OCTAVIA.—¡No!

GUILLERMO.—Pues te llevo.

OCTAVIA.—¡¡Guillermo, Guillermo!!

GUILLERMO. *(Arrastrándola de un brazo.)*—¡¡V nes aunque te destroce!!

OCTAVIA. *(Dando un pequeño grito de dolor.)* ¡¡Ay...!!

GUILLERMO. *(Acudiendo solícito y acongojado.)* ¿Te lastimé, verdad, te lastimé?

OCTAVIA.—No...

GRILLERMO.—¡Sí, te lastimé, sí!

OCTAVIA. *(Sonriendo.)*—No, no, de veras que nc *(Guillermo, con el ademán, le indica que se aleje y ( tavia va a sentarse en el silloncito.)*

GUILLERMO. *(Tras una breve pausa en que proc serenarse.)*—¡De bestia vine, de bestia! Afortuna

mente aun pasa por mí una ráfaga de lucidez. Quédate, quédate. ¿De qué me vales ni para qué te quiero llevándote a la fuerza, que es todo lo contrario de lo que yo buscaba y pudiera halagarme?

OCTAVIA. *(Suplicante.)*—Guillermo...

GUILLERMO.—¿Es que renuncias?

OCTAVIA. *(Dulcemente.)*—No. No se puede exigir a nadie que renuncie a su vida.

GUILLERMO.—Pues ya tienes bastante con vivir. No pidas más. Lo asombroso es que siendo dos ¡tú y yo!, ¡dos!, le llames vida a la tuya sola. ¿Y la mía? ¿Qué es para no contarla en tus proyectos? Una miseria, un desperdicio, una piltrafa. ¿Es eso?

OCTAVIA. *(Espantada.)*—¿Tu vida...?

GUILLERMO.—¿No habías pensado en ella...? ¿Y en mi cariño?

OCTAVIA.—¿En tu cariño...?

GUILLERMO.—En este cariño tan fiel, tan leal, tan constante... Tampoco, claro. No es renglón para que figure en tu libro de caja.

OCTAVIA. *(Dolida.)*—Guillermo...

GUILLERMO.—Es la consecuencia lógica de este modo de pensar, a la moderna, que os da una libertad y una independencia admirable. ¡Admirable, sí! Pero lo que ganáis hacia fuera tenéis irremediablemente que perderlo hacia dentro, hacia el amor, hacia la intimidad, hacia la casa...

OCTAVIA.—La casa...

GUILLERMO.—Despídete de ella, como yo me despedí.

OCTAVIA.—¿Tú...?

GUILLERMO.—He de marchar a mi destino y, como tú no vienes, es indudable que marcharé sin ti.

OCTAVIA.—¡Quedarme sola

GUILLERMO.—Sola, no: con la tienda

OCTAVIA.—Guillermo...

GUILLERMO.—Al principio nos escribiremos todos los días, después cada semana, después cuando los quehaceres mercantiles te lo permitan... y acabaré siendo un viudo más, de esos viudos a quienes la mujer les vive todavía... ¡pero como si no viviera!

OCTAVIA.—¡Que yo te quiero, Guillermo de mi alma!

GUILLERMO.—No lo niego... sólo que así no me sirve para nada. El día que nos dijimos: ¡casémonos! Si yo te hubiera contestado: dispénsame, Octavia, pero Beatriz, o Lucía, tiene un millón, dos millones... ¿Cuál habría sido tu réplica? Canalla, ¡canalla! ¡¡canalla!! ¿Verdad que canalla? Y cuando yo, tu marido, te digo a ti, mi mujer: ¡Ven, Octavia, ven...! tú encuentras natural el decir: dispénsame, Guillermo..., ¡gano más aquí!

OCTAVIA.—¡Guillermo!

GUILLERMO.—Como negocio no lo discuto; pero, como negocio, supongo que tampoco me discutirías a mí el haberme casado con la Beatriz, o la Lucía, millonaria.

OCTAVIA.—¡Es que hay más, Guillermo, es que hay más!

GUILLERMO.—Pues eso te pregunto: en ti, ¿dónde está ese más, dónde? Y, como no me lo contestas, concluyo la inútil, la torpe y la estúpida pregunta, diciéndote lo único que resta por decir: queda con Dios, Octavia.

OCTAVIA.—¡Guillermo!

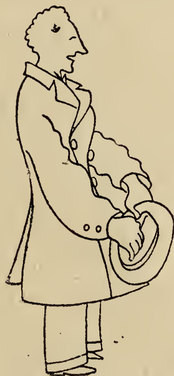
GUILLERMO.—En vez de marchar dentro de ocho días, marcharé ahora mismo. Es igual, y nos evitamos

otra despedida cruel. Vamos, cruel para mí. Queda con Dios, Octavia. *(Mutis lento.)*

OCTAVIA.—La casa, la felicidad, el cariño... ¡es mucho para jugárselo contra un poco más de dinero solamente! ¡Tienda mía, tú me salvaste al abrirte, sálvame también al cerrarte! Guillermo... ¡Guillermo! ¡Guillermo! *(Y llamándole, mutis.)*

TELON

Madrid, 16 de enero de 1929.



# OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

## EN TRES O MÁS ACTOS

*Aire de fuera*, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)
*María Victoria*, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)
*La estirpe de Júpiter*, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.
*La divina palabra*, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)
*Añoranzas*, estrenada en el teatro Español.
*El caballero Lobo*, estrenada en el teatro Español. (Segunda edición.)
*La fuente amarga*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*La raza*, estrenada en el teatro de la Princesa. (Tercera edición.)
*Lady Godiva*, estrenada en el teatro Español.
*Doña Desdenes*, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)
*El Cardenal* (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.
*La fuerza del mal*, estrenada en el teatro de la Princesa.

*La espuma del champagne,* estrenada en el teatro de Eslava.

*Toninadas,* estrenada en el teatro Español.

*Las zarzas del camino,* estrenada en el teatro Lara.

*El conde de Valmoreda* (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

*La casa de la Troya* (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.) (Agotada.)

*Frente a la vida,* estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

*Almas brujas,* estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

*Como Dios nos hizo...,* estrenada en el teatro del Centro, de Madrid. (Agotada.)

*La mala ley...,* estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (6.ª edición.)

*Currito de la Cruz* (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (2.ª edición.)

*La jaula de la leona,* estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

*Cuando empieza la vida,* estrenada en el teatro Eslava, de Madrid.

*Los Rikaldy,* estrenada en el teatro Fontalba.

*El alma de la aldea,* estrenada en el Poliorama, de Barcelona, y Lara, de Madrid.

*Disraeli,* estrenada en el teatro Infanta Isabel.

*Knock o el triunfo de la medicina,* estrenada en el teatro Cómico, por la compañía "Díaz-Artigas".

*El marido de la Estrella,* estrenada en el teatro Lara.

*Primero vivir...,* estrenada en el teatro de la Princesa.

*A martillazos* (en colaboración con D. Emilio Méndez de la Torre), estrenada en el teatro Lara, de Madrid, y Gran Teatro, de Córdoba.

*¡Mal año de lobos...!,* estrenada en el teatro Lara, de Madrid.

*La última novela,* estrenada en el teatro Principal, de Zaragoza, y Lara, de Madrid.

*El rosal de las tres rosas,* estrenada en el teatro Reina Victoria, de Madrid.

*Hilos de araña,* estrenada en el teatro Lara, de Madrid.

EN DOS ACTOS

*El abolengo,* estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

*La cizaña,* estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.) (Agotada.)

*El ídolo,* en tres actos (refundida en dos), estrenada en el teatro Español.

*Bodas de plata,* estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

*El mismo amor,* estrenada en el teatro Lara. (Agotada.)

*Nido de águilas,* estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

*Las buenas intenciones,* estrenada en el Coliseo Imperial.

*El buen demonio,* estrenada en el teatro Lara.

*Flor de los pazos,* estrenada en el teatro Lara. (Segunda edición.)

*Camino adelante,* estrenada en el teatro Cervantes.

*Como buitres,* estrenada en el teatro Cervantes.

*La garra,* estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)

*Fantasmas,* estrenada en el teatro Lara.

*Como hormigas,* estrenada en el teatro Lara.

*En cuerpo y alma,* estrenada en el teatro Infanta Isabel.

*Cobardías,* estrenada en el teatro Lara (10.ª edición.)

*Cristobalón,* estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.
*Lo pasado, o concluído o guardado,* estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

### EN UN ACTO

*Porque sí,* estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)
*Lo posible,* estrenada en el teatro Lara.
*El cuarto creciente,* estrenada en el teatro Lara. (Tercera edición.)
*Cuando ellas quieren,* estrenada en el Salón Regio.
*Lo que engaña la verdad,* estrenada en el teatro Español.
*Clavito,* estrenada en el teatro Cervantes.
*La razón de la sinrazón,* estrenada en el teatro de la Comedia.
*El señor Sócrates,* estrenada en el teatro Lara.
*El milagro,* estrenada en el teatro Lara.
*Cada uno a lo suyo,* estrenada en el teatro Lara.
*Una cosita que se les olvidaba,* estrenada en el teatro de la Comedia.
*La viuda alegre* (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.
*La fragua de Vulcano,* música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
*Cuando ellas quieren,* música de Calleja, estrenada en el teatro cómico.
*La magia de la vida,* música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
*Sangre roja,* música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.
*Santos e Meigas,* música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.
*No hay dificultad,* estrenada en el teatro Lara.

## OBRAS COMPLETAS

*Publicadas por* BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino.*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).
Tomo II.—*El abolengo* (dos actos).—*María Vistoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).
Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos).—*Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).
Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).
Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos.—*Clavito* (un acto).
Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).
Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).
Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos-.—*El mismo amor* (dos actos).
Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).
Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).
Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos). *La garra* (dos actos).
Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos).—*Fantasmas* (dos actos).
Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos). *Como hormigas* (dos actos).
Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).
Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos).—*El milagro* (un acto).
Tomo XVI.—*En cuerpo y alma* (dos actos).—*Cristobalón* (dos actos).—*Lo que engaña la verdad* (un acto).

# LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.
PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

## UMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, raducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín lvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptaón de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, e Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión astellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTÓBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por d Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y E rique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José Mar Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción Torralba Becí.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, Francisco de Víu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR. AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Traduci del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colab ración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colabor ción con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Riv
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor G birondo y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernánd
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Antonio Pa y Antonio Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas



Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.